

LA ILUSTRACIÓN CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NUMERO 16. — Madrid 5 de Junio de 1887.

NUMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Tradiciones de Tierra Santa*, por Manuel Polo y Peyrolón. — *Lo que pasó en Valle-hondo*, por M. Ossorio y Bernard. — *El arte materialista*, por R. Gil Ossorio y Sánchez. — *El anillo de Ito IX*, por Luis Coloma. — *Andrés el pescador*. — *Roma*. — *Jubileo Sacerdotal de S. S. León XIII*. — *Noticias*. — *Necrología*.
GRABADOS. — *Eustaquio Lesueur, célebre pintor francés*. — *San Sebastián*. — *Cristo predicando en el lago de Genesareth*.

LA DECENA

ESTAMOS en pleno período de Exposiciones. Por el pronto discutimos la regional madrileña, preparamos las instalaciones de la filipina y nos disponemos á inaugurar la de Horticultura, en tanto que frecuentamos la única inaugurada: la de Bellas Artes. Esta merece seguramente la consideración que se la dispensa, por las gallardas muestras que en ella ofrecen muchos y muy notables artistas, jóvenes en su mayoría y destinados por lo tanto á nuevos y mayores triunfos. Los maestros, por punto general, descansan sobre sus laureles, y los mismos que en Exposiciones anteriores conquistaron los primeros premios han abandonado el palenque por esta vez. De desear es que en los próximos concursos salgan de su retraimiento, pues no en vano se lleva el nombre de Madrid, de Ribera, de Gisbert, de Palmaroli, de Vera, de Domingo, de Luna, de Pradilla y tantos otros que constituyen la nobleza del arte moderno.

En el arte, como en las letras, el alcanzar es más fácil que el sostener una reputación, y á esto último deben tender con especialidad los que se sientan inflamados por el fuego del genio.

La actual Exposición, con sus osadías y sus peligros, con sus disgustos y sus enojos, vuelve á poner sobre el tapete varios problemas, diferentes veces planteados y nunca resueltos.

¿Responde el nombramiento de Jurado de admisión y la elección de Jurado calificador á lo que desea la generalidad de los artistas? Seguramente que no, y en este punto hay muchas quejas justas.

¿Deben conservarse los premios en la forma que tienen hoy, ó carecen de las ventajas que debe prometerse el artista? Las opiniones sobre este punto se hallan muy divididas, si bien parece comenzar á dibujarse una tendencia opuesta á los premios.

¿Los cuadros grandes son preferibles á los pequeños, ó los pequeños á los grandes? En este particular parece que hemos caído de una exageración en otra, y el acierto estará siempre en un buen término medio. El asunto, la composición, el carácter de la obra, han sido y serán siempre los elementos determinantes del tamaño; creer otra cosa será proteger á los fabricantes de telas y de colores, con menoscabo de los intereses y del buen nombre de los artistas.

¿La consignación del presupuesto se emplea bien ó mal? En esto, excepción hecha de muy pocos pareceres, la mayoría se inclina á sospechar que la tasación previa de los cuadros es un absurdo, y que de todas maneras algo más podría protegerse á los artistas, economizando gastos de local y de conservación y haciendo que alcanzase el auxilio del Estado á mayor número de individuos.

Junto á estos problemas se discuten otros muchos de interés secundario, aunque no despreciables, tales como la distancia á que hoy se encuentra el Palacio de la Exposición, las pocas horas que están abiertas

sus puertas, el precio que se exige por la entrada y la viciosa costumbre que siguen nuestros artistas de no fijar precio á sus producciones. ¡Cuántas de éstas vuelven á los talleres de sus autores, por ese empeño en ocultar el verdadero objeto de la Exposición!

Los comerciantes son más prácticos que los artistas, habiendo sintetizado todo un sistema en sólo dos frases:

¡Entrada libre!

¡Precio fijo!

Y este precio fijo marcado previamente en tarjetones colocados sobre los objetos puestos á la venta.

* *

Las inmediaciones de la Montaña Rusa en el Parque de Madrid han sufrido completa transformación por los cuidados de la Sociedad Central de Horticultura. La leñera del Ayuntamiento se ha convertido en pintoresca gruta iluminada por luz eléctrica; en la parte más elevada de la montaña hay un observatorio popular; las instalaciones de flores se han hecho esta vez utilizando su cuadro natural: la verde hierba del Parque ó llenando una extensa estufa las que tal cuidado requieren; numerosas jaulas y pajareras aprisionan y resguardan en dorada cárcel á infinitas variedades de aves; el estanque se ha convertido en lago y un artístico kiosko aguarda á los profesores músicos, que con sus dulces armonías han de prestar mayor realce á las fiestas. La Exposición que la Sociedad Central de Horticultura prepara este año no desmerecerá de las anteriores por el número de sus palmeras, helechos, dráseas, arecas y godendros, y las aventajará en el buen gusto de la colocación y en los diversos alicientes con que pretende lograr el favor del público. No es dudoso que éste acudirá al llamamiento, hasta el momento preciso de la desbandada, que coincidirá con la terminación de las sesiones de Cortes y con la venida del calor, que no puede tardar mucho, á pesar de lo que en contrario parezcan indicar los chaparrones que pródigamente nos regalan las nubes de algunos días á esta parte.

Porque los madrileños podrán resignarse á serlo durante algunos meses, pero en llegando los del verano por nada renuncian á trocar sus comodidades por los sinsabores y mal-estar de los viajes. Poco importa que la expedición veraniega carezca de objeto; que sea inútil y aun perjudicial al cuerpo y al bolsillo; que se cambie el método ordinario y agradable de vida por la estrechez de las fondas, la agitación de los baños y la ruina de las haciendas: el



EUSTAQUIO LESUEUR.

(Célebre pintor francés.)

caso es salir de Madrid, mereciendo la distinción de ser citados en la estadística de las personas pudientes que marchan por la línea del Norte ó por la del Mediodía, aunque el viaje sea breve ó fatigoso.

Durante el verano, los que nos quedamos en la capital lo hacemos por pura necesidad y hasta evitamos saludar á los amigos para no ruborizarnos ni hacerles ruborizar. ¿A quién podremos convencer de que no necesitamos el uso de aguas medicinales y hasta de que nos va bien bañándonos en el Niágara, durmiendo buenas siestas en el corazón del día y acudiendo por la noche al Teatro Felipe ó á los circos de Parish y Ducazcal...?

* *

La Exposición filipina, á juzgar por la lentitud de preparativos, no podrá inaugurarse en bastante tiempo, habiendo muerto á estas fechas casi todos los animales que soportando los rigores de la travesía llegaron á Madrid. ¡Cuán ajenos estarían al ser designados para representar á sus razas que habrían de ofrecerse disecados ante las miradas de los madrileños! También ha fallecido una de las mujeres joloanas de la colonia, dando motivo con su muerte á los más apasionados comentarios, aunque, en honor de la verdad, injustos, pues nadie les aseguró ni pudo asegurarles la inmortalidad con sólo llegar á la Península. Compuesta dicha colonia de unos cincuenta individuos, y llevando más de un mes en Madrid, aun sin el cambio de clima y costumbres quedaría justificada la muerte de la joloana, por sensible que haya sido. ¿De cuántos españoles no serán sepulcro las Islas Filipinas, desde su descubrimiento hasta la fecha!

La tardanza en la apertura de la Exposición antes será beneficiosa que perjudicial, según noticias, por los vuelos que, según informes, ha ido tomando el certamen y los proyectos que acaricia la Comisión organizadora. De tal suerte han de llamar la atención sus producciones é industrias, que para muchos españoles han de constituir verdadera sorpresa. A este resultado concurrirán muy preferentemente las Ordenes religiosas de Filipinas, centinelas avanzadas en aquellas regiones de la ciencia y del verdadero progreso, como en época muy reciente lo han sido del verdadero españolismo, con ocasión de la tentativa alemana contra el archipiélago carolino.

* *

La época del año en que hemos entrado motivo es de terrores para los estudiantes, que en ella han de acreditar el resultado de sus trabajos durante el curso académico. Y suelen ser tan pocos los que justifican la denominación de *estudiantes*!

—¿Cuál es el autor de tal asignatura? preguntaba hoy un estudiante á otro.

—¿El autor...? Pues la verdad es que se me ha olvidado, y eso que asistí á clase el primer día del curso.

—Esta noche, dice otro, te espero en casa para que estudiemos.

—Así lo haré; pero me parece prudente, puesto que las noches son largas, que asistamos á la función del teatro.

—Perfectamente; pero entonces ¿cuándo jugaremos nuestra partida de carambolas?

—Pues todo tiene remedio; á la salida del teatro nos iremos al billar, y desde allí á estudiar.

—Sí, que el tiempo apremia y es preciso utilizarlo.

Por las sombrías alamedas del Retiro, sentados en los bancos ó paseando lentamente, se ven numerosos estudiantes con un libro en la mano. Sin duda les ha despedido de sus casas el ruido de los compañeros ó la falta de aseo de la patrona.

En ocasiones el libro es un pretexto, pues hay estudiante de Farmacia que, en vez de haber cogido el tratado de *Química general*, se ha llevado *El Diablo mundo* de Espronceda ó las *Rimas* de Becquer.

En un banco ronca beatíficamente otro estudiante, mientras el libro que tiene en la mano dice en uno de sus epígrafes *Propiedades del opio*.

En las Bibliotecas públicas estudian trabajosamente los que vendieron los libros de su propiedad al comenzar el curso; en los puestos de los liberos se hacen tratos rarísimos, y préstamos y permutas inverosímiles; y numerosos quinqués de petróleo ó velas de esperma alumbran en las casas el sueño de los estudiantes que no han podido resistir dos capítulos de la *Historia del Derecho romano* ó del *Algebra superior* de que deben examinarse.

En estos días la ansiedad se apodera de los estudiantes, y hay quien piensa con terror que un curso perdido podría ser la puerta que se le cerrara para todas las distracciones de Madrid.

Con la entrada de Junio y la celebración de los exámenes, la situación de los estudiantes se habrá

fijado y se escribirán simultáneamente infinitas cartas por el siguiente formulario, de moda invariable:

«Querido padre: No puedo examinarme porque tengo unos dolores que no me dejan en paz. (Dolores — según malas lenguas — es una vecina del sotabanco con la que da el estudiante larguísimo paseo). ¡Y precisamente este año en que tenía la seguridad de obtener buena nota! De todas maneras, me hubiera sido imposible abrazar á usted este verano, porque, para poder graduarme, necesito justificar haber estado practicando en una Farmacia.»

De otro hijo á otro padre:

«¿Se acuerda usted, querido padre, de los sucesos de la Universidad, en que figuré por mis ideas liberales? Pues bien: los profesores se han vengado, obedientes acaso á las órdenes de la superioridad. Después de un examen brillantísimo me han dejado suspenso: en cambio hay muchos sobrinos de ministro que, sin saber una jota, han llevado *sobresaliente*. No se desaliente usted por eso, como no me desaliento yo: día llegará en que sea médico; entonces ¡á la cabecera del enfermo aguardo á mis jueces actuales! Entre tanto ¡viva la libertad, por la que tanto ha padecido usted y empiezo á padecer yo! Se conoce que esto es achaque de familia.»

De otro estudiante:

†

«Amado tío y protector: Sé lo mucho que va usted á sentir lo que tengo que decirle; pero un deber de conciencia me obliga á ello. ¿Creería usted decoroso para nuestro apellido que obtuviera una nota mediana en los actuales exámenes? He consultado á mi razón, y obtenido el convencimiento de que á lo sumo saldría notable; en vista de lo cual he resuelto no examinarme hasta Septiembre. Los cateóricos me han rogado reiteradamente que no deje de presentarme por ser el mejor de las clases; pero yo he insistido en mi determinación. Dé usted mis respetuosos recuerdos á su ama y mi respetable Doña Circuncisión, y usted bendígame para que no me aparte nunca del sendero del bien.»

(En ocasiones estas cartas suelen escribirse de sobremesa en la Taurina y en la alegre compañía de chulos de ambos sexos.)

Pero ¿á qué multiplicar las citas del formulario epistolar usado en casos tales? Todos los estudiantes lo dominan, y todos los viejos recuerdan haberlo usado en su mocedad. ¡Felices años aquellos en que los últimos días de Mayo y primeros de Junio nos parecían los más crueles, aunque el sol alumbrase espléndidamente á los campos, la naturaleza vistiera sus galas, las flores nos embriagaran con su perfume, y los pájaros entonaran su armonioso himno á la vida y á la libertad!

Hoy, agobiados no tanto por los años como por las contrariedades y las luchas de la existencia, no podemos mirar sin envidia á los que se preocupan por lo que ha de ocurrirles en estos días, ni dejar de exclamar:

¡Quién fuera como vosotros, aunque tuviera que examinarse de *Cálculo diferencial é integral*!

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EUSTAQUIO LESUEUR.

(Célebre pintor francés.)

Enstaquio Lesueur nació en París en 1617 y fué hijo de un escultor reputado y discípulo del pintor Vouet. El talento precoz del joven y su ejecución fácil hicieron muy en breve que su maestro le eligiese para auxiliar de los trabajos que le tenía encomendados el Cardenal de Richelieu, entre ellos los modelos de tapices para palacio. Su primer trabajo de verdadera importancia fué un lienzo de la *Anunciación* para el convento de la Visitación de París, siguiendo á la misma el *San Pablo curando á los enfermos*, *La vida de San Bruno* en veintidós lienzos, *Predicación de San Pablo en Efeso*, *Descendimiento de la Cruz*, *Martirio de San Lorenzo*, *La Verónica* y tantas otras que han hecho su nombre inmortal. La candidez de su alma y la dulzura de su carácter — dice uno de sus biógrafos — le entregaron sin defensa al odio de sus envidiosos y amargaron su vida. Los disgustos le produjeron una languidez, que unida al exceso de trabajo, hicieron que su vida terminase prematuramente en Mayo de 1655. Se ha dicho que murió en un convento de Cartujos; pero no es exacto, pues en el siglo último se veía su sepultura en el cementerio de San Esteban del Monte de París. Más tarde, una mano desconocida borró su nombre de la piedra sepulcral que cubría sus restos. La persecución de sus enemigos le siguió mucho después de su muerte.

SAN SEBASTIÁN.

San Sebastián, puerto del mar Cantábrico, es una de las ciudades á que no sin razón se encaminan las corrientes de la moda, desde hace algunos años, durante la estación

veraniega. Su situación, su hermosura, su templado clima, sus condiciones de ciudad moderna y el afable trato de sus habitantes, son otros tantos títulos para el favor de que goza. San Sebastián fué arrasada completamente en 1813 y reconstruida con arreglo al plano aprobado en 1816 por el Real Consejo de Castilla: desde entonces, y de año en año, ha ido aumentando su importancia hasta el punto de ser hoy una de las principales capitales de provincia.

CRISTO PREDICANDO EN EL LAGO DE GENESARETH.

(Cuadro de H. Hoffmann.)

El asunto del lienzo, cuya reproducción damos en este número, está tomado del Evangelio de San Lucas. El cuadro pertenece al Museo de Berlín.

El pintor Hoffmann, nacido en Darmstadt en 1824, es profesor de la Academia de Bellas Artes de Dresde desde 1870. Varios de sus cuadros de historia y mitología, así como el que reproduce nuestro grabado, le han proporcionado envidiable renombre.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XIV

BASILICA DEL SANTÍSIMO SEPULCRO.



Lo que el sol entre los planetas, es la Resurrección del Señor entre los demás misterios del Cristianismo. Todos ellos parece que encontraron coronamiento cumplido y majestuoso en la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Nada de extraño tiene, por lo tanto, que en todo tiempo haya sido venerado como el más augusto el lugar donde estuvo el sacratísimo cadáver del Señor. La Basílica que sobre dicho lugar se levanta y contiene también el Calvario y otras capillas memorables, es y ha sido siempre centro de la veneración universal y objetivo de las peregrinaciones todas. Antes, pues, de describirla minuciosamente, relatando las tradiciones que á santuarios tan augustos se refieren, para la mejor inteligencia del asunto, apuntemos las transformaciones que ha sufrido este famoso templo.

Sabido es que el monte Gólgota es un cabezo ó contrafuerte del monte Gareb, que con el Acra y el Sión ocupa la parte occidental de Jerusalén. En tiempo de Jesucristo terminaba la ciudad en la famosa Puerta Judiciaria; de modo que el Gólgota quedaba fuera del recinto murado, aunque en las inmediaciones de la población. Sobre la cima del Gólgota fué crucificado Jesucristo y depositado en un sepulcro nuevo, existente en la ladera del monte y distante de la cima como un tiro de piedra, que pertenecía á José de Arimatea. No era fácil que los Apóstoles y discípulos olvidasen los lugares de la crucifixión y sepultura del Señor, antes bien fueron constantemente venerados con más ó menos disimulo y á mayor ó menor distancia por los primeros fieles; pero cuando empezaban á cumplirse las profecías, Simeón, segundo Obispo de Jerusalén, llamado *hermano* del Señor por San Mateo, retiróse con su pequeña grey á Pella, en el lado opuesto del Jordán, para dar tiempo á que pasase la cólera divina, y no regresaron á Jerusalén hasta después del sitio y destrucción de la ciudad deicida por Vespasiano y Tito, en el año 70 de nuestra Era. Humeantes estaban aún los Santos Lugares cuando volvieron á ser visitados y venerados por los cristianos de Jerusalén; pero arreció la persecución de los judíos y gentiles, y por complacerlos, en el año 136 el Emperador Adriano hizo terraplenar el Sepulcro y el Calvario para desfigurarlos, mandando erigir una estatua á Júpiter sobre el primero y otra á Venus sobre el segundo, como dijimos en otro lugar. Providencialmente acaeció esta profanación para que no se olvidase nunca el sitio exacto de tan augustos lugares, y apenas el Cristianismo compartió el solio imperial, en 326, con el príncipe Constantino, su madre Santa Elena se trasladó á Jerusalén y con piedad y entusiasmo se dedicó á desenterrar los Santos Lugares, construyendo sobre ellos una suntuosa iglesia, digna de tales monumentos.

Fácil fué poner al descubierto el Gólgota y el Sepulcro y grandes excavaciones se hicieron también para la invención de la Santa Cruz. Libre el terreno de escombros, la piadosa Emperatriz quiso cobijar todos estos Sagrados Lugares bajo una suntuosa Basílica de cinco naves, circuida de galería de mármol y adornada con todo género de excelentes pinturas, mosaicos y piedras preciosas. Diez años duraron las obras, y la descripción detallada de tan soberbio edificio puede leerse en el historiador Eusebio, biógrafo de Constantino. Para dar forma artística á la cueva del Sepulcro, se la separó del Gólgota, cortando la roca de la cual

greso, descorred todos los velos que ocultan las deficiencias y las miserias; ostentad, por último, ruda y francamente, como regla general para todos, que es sólo para algunos tormentosa experiencia del mal merecido y ley inexorable de combate satánico contra el orden moral y contra la normalidad ordinaria, y todo respeto muere, toda aspiración regular y ordenada se extingue, y sólo quedan en pie dos fuerzas, que acaban por anularse y perecer también: el pesimismo hipocondríaco y la soberbia humana.

Hasta ahora el arte cantaba como el ave, sin darse cuenta de ello, con espontaneidad no fingida. Así los grandes movimientos artísticos de la historia, el teatro en Grecia, la epopeya en Oriente, la literatura mística de los ilustres vates españoles del gran período moderno, y, por último, lo mejor y lo más esclarecido del romanticismo. No había allí nada de calculado ni de contrahecho. El vate respondía a la voz interior de su inspiración, y producía la estrofa ó el capítulo, la narración histórica ó el pensamiento profundo, obedeciendo a ley superior de su naturaleza libremente sentida y dócilmente realizada.

Después ha venido la reflexión y la madurez que propone tales manifestaciones, aun en lo que tienen de más espiritual y divino, á móviles extraños, y las hace servir á planes trascendentales, propuestos como tesis, ó ofrecidos en aras de extraños dioses á modo de cruento sacrificio. Los ídolos sombríos que reverencian las escuelas materialistas exigen víctimas humanas, no sonrientes y bellas, ni coronadas de flores, sino desgredadas, flacas y macilentas, ni arrulladas por los cánticos de la poesía, sino prematuramente entristecidas con siniestros gritos de espanto, locas amenazas é insensatas lamentaciones.

El espíritu humano concluirá por huir fatigado de tanta aridez y de concepciones tan téticas y abrumadoras, hijas de la anemia mortal que nos consume, y en la universal decadencia del arte se refugiara en los grandes escritores de otros tiempos y en los pocos que aun quedan en pie, en medio de las ruinas del mundo moral, contra el devastador torrente, como los frailes se refugiaron en sus monasterios en los comienzos de la Edad Media, llevando consigo los restos del naufragio de la antigua cultura que habían logrado sustraer á los golpes de la barbarie triunfante.

R. GIL OSORIO Y SANCHEZ.

EL ANILLO DE PÍO IX

DOR el año 1822 el abate Juan María Mastai Ferretti se hospedaba en París, en casa de su íntimo amigo el Conde de C., privado á la sazón del rey Luis XVIII.

Veinticinco años después, Luis XVIII había muerto, Carlos X se retiraba á Ginebra, y Luis Felipe, con sus guantes de algodón y su paraguas debajo del brazo, daba rienda suelta al torrente revolucionario, que por segunda vez se desbordaba en Francia, y amenazaba inundar la Europa amedrentada. Sólo el abate Mastai, entonces Pío IX, sereno en medio del desquiciamiento general, detenía aquel turbio oleaje á la puerta del Vaticano, con aquellas dos solas palabras:

— *Non possumus!*

En cuanto al Conde de C., su antiguo amigo, descansaba tranquilamente en el cementerio del P. Lachaise, donde ya comenzaban á darse cita los muertos elegantes.

Había el Conde dejado un hijo, heredero de su nombre, que brillaba por su lujo, y sobresalía por sus excentricidades, entre la turba aristocrática que, con el Duque de Harcourt al frente, formó años después en Roma la embajada francesa. Personificaba el joven Conde la nueva edad en que desde hace algún tiempo ha entrado parte de la aristocracia: ilustre dueña que nace en la edad de las superioridades, degenera en la de los privilegios, y se extingue en la de las vanidades, si algunos de sus miembros no se encargasen de prorrogar su vida, con una cuarta edad de las ridiculeces. El Conde de C. era el tipo exacto de esta última época, visto á la luz de la frivolidad parisiense, que le prestaba su carácter genuino.

Así, pues, el Conde de C. sin ser necio lo parecía, y sin ser malo, daba muestras de ello: porque á tales extremos llevan ciertas costumbres y ciertas preocupaciones, introducidas de común acuerdo por la ociosidad y la opulencia.

Frecuentaba el Conde el Vaticano, y en más de una entrevista particular habíale mostrado el Pontífice un especial afecto, que llenaba de vanidad al joven diplomático. Gustaba el santo Pío IX de con-

versar con él, recordando los años de su juventud, con ese triste placer que experimentan los ancianos al traer á la memoria personas y sucesos de otros tiempos, que les marcan, como las huellas que se dejan detrás, el camino recorrido en el desierto del pasado.

No se ocultaba á Pío IX el estado moral del hijo de su amigo, y en más de una ocasión había intentado exhortarle á la enmienda de su vida y á la confesión de sus culpas. Mas deteníale siempre en este último punto el temor de que por respetos humanos y por cortesía aceptase el Conde falsamente su propuesta, y pasase así de pecador á sacrilego: que tan funestos resultados suele producir á veces la importunidad de un celo indiscreto.

Sondeaba, pues, con sumo tacto los pliegues de aquel alma, por ver si encontraba en ella rastro de esos nobles sentimientos de la juventud, recto camino siempre para todo lo que es grande y bueno. Mas vió con dolor que era su alma como un arpa rota, en que no existe ya cuerda alguna que pueda vibrar. Precipitábase en el vicio esa fiebre de la razón que la juventud produce con harta frecuencia; el sensualismo le ataba, la indiferencia religiosa le adormecía, y poco á poco estas tres úlceras iban engendrando en ella esa espantosa falta de fe, que imposibilita todo arrepentimiento.

No se desanimó por esto Pío IX, y esperó orando y rogando; porque el hombre de fe, para alcanzar, ora; y el hombre prudente, para lograr, aguarda.

No tardó en presentarse ocasión oportuna: murió en París la anciana Condesa, madre del Conde, y pronto llegaron á éste las nuevas de su muerte. Llegaron también á Pío IX, que tomando ejemplo del Buen Pastor, dejó el aprisco entero por correr tras una oveja. Harto comprendía el Pontífice que el ánimo dolorido tiende á elevarse al cielo, y que nunca arraiga mejor la semilla divina, que cuando la tierra está regada con lágrimas.

Envio á llamar al Conde, y dióle en una audiencia privada el más sentido pésame: revolvió luego en el corazón de aquel huérfano opulento cuantos sentimientos puede haber de amor, dolor, desengaño, amargura, tristísimo abandono moral que, muerta su madre, le esperaba, y apoyando de repente en su hombro aquella mano que ata y desata, le prometió, con la fe de un santo y el tacto de un hombre de mundo, aplicar al día siguiente por el alma de su madre el santo sacrificio de la Misa.

Arrasáronse al Conde los ojos en lágrimas, y conmovido por la bondad y turbado por la honra que se le hacía, quedó suspenso y sin decir palabra. Comprendió entonces Pío IX que había dado en el blanco, y dió un paso adelante; invitó á unir sus oraciones de hijo á las que como padre y amigo le ofrecía, confesando y comulgando con el mismo objeto. Siempre prudente sin embargo, dejóle abierto un camino por donde pudiera salir airoso del compromiso, si no era de su gusto la propuesta.

Mas con tal ingenuidad la acogió el Conde, con tal acento de verdad prometió cumplir lo que se le pedía, y con tan profunda humildad pidió al Pontífice que le escuchase él mismo en confesión, que alborozado éste y convencido de que la gracia de Dios triunfaba por su medio, accedió gustoso á su deseo, y prometió además administrarle al día siguiente en su capilla privada el santo Sacramento de la Eucaristía.

A las siete de la mañana, hora en que diariamente solía celebrar Pío IX, confesaba el Conde á sus pies los pecados de su vida entera. Sacó entonces el Papa de su dedo un anillo negro, en que con letras blancas se veía escrita la palabra *muerte*. Púsole él mismo en la mano del Conde, mandándole como única penitencia, que lo mirase todas las noches antes de acostarse y se acordara de Pío IX.

El Conde lo prometió y lo cumplió. Tres años después entraba en un Monasterio.

LUIS COLOMA, S. J.

(De la revista *Eco de María Inmaculada*.)

ANDRÉS EL PESCADOR

(Continuación.)

AUN no habían acabado de salir del Sinedrio, volvieron á dejar oír su palabra, ya en el Templo, ya en el Cenáculo, ya en las calles y plazas, donde se reunían gran número de gentes para oírles.

Andrés, imitando el ejemplo de su hermano Pedro, de Juan y demás compañeros en el apostolado, se mostraba incansable, y á su persuasiva palabra y sencilla elocuencia, se debían innumerables

conversiones, no sólo de los judíos, sino de los gentiles.

A los pocos días de la escena de los azotes, se desencadenó una verdadera y formidable persecución contra la Iglesia. La primera víctima fué Esteban. Acusado por testigos falsos de haber blasfemado de Dios, fué rodeado de gran turba de sicarios, pagados por el Sanedrín, arrastrado fuera de la ciudad, y apedreado por aquellos mismos testigos á quienes correspondía, según costumbre entre ellos, servir á la par de verdugos.

El dichoso Esteban, porque dichoso y muy dichoso es el que muere en el Señor y por su causa, herido y atormentado, entregó su alma á Dios, pidiendo en aquel último trance el perdón de sus verdugos.

El que más se distinguía en la persecución de los cristianos era un tal Saulo que no respetaba sitio ni lugar, entrando en el Templo, en las casas y en donde tenía noticia que podía albergarse alguno, y lo sacaba violentamente para conducirlo á la cárcel y de allí al suplicio.

Los apóstoles, en vista de esta cruel persecución, resolvieron separarse y recorrer el mundo llevando á todas partes la palabra de Dios.

Andrés, seguido de algunos pocos cristianos, se dirigió á la Palestina, región de la Turquía Asiática, al Sur de la Siria, y llegó á la antigua ciudad de Samaria, construida por el rey Amri para capital de sus estados; ciudad que fué destruida y edificada muchas veces, hasta que Herodes la edificó de nuevo, dándole el nombre de Sebaste.

La llegada de Andrés no podía pasar inadvertida para nadie, porque incansable en su predicación, no gozaba un momento de reposo; parecía que era tiempo perdido el muy escaso que dedicaba al descanso de su cuerpo.

Los samaritanos ó sebastenses formaban una secta disidente de la religión judaica. Creían que sus pontífices descendían de Aarón, y no reconocían del Antiguo Testamento más libros que el Pentateuco. A pesar de esto, eran más fieles observadores de la Ley de Moisés que los mismos judíos.

La doctrina que predicaba Andrés no era nueva para los samaritanos; muchos de ellos habían tenido ya la dicha de oír de labios del mismo Jesús, de suerte que el Apóstol encontró el campo bien preparado para depositar en él la buena semilla.

Grande era el número de los que seguían á Andrés, ansiosos de oír su palabra y presenciar los portentosos milagros que obraba, como eran, dar vista á los ciegos, habla á los mudos, movimiento á los tullidos y paralíticos, y salud á los enfermos; y no eran pocos los que pedían con grandes instancias el bautismo.

Tampoco faltaron envidiosos y malvados que no podían llevar con paciencia los grandes triunfos alcanzados por Andrés, y movidos por un sentimiento de perversidad, le acusaron ante el Juez romano de haber blasfemado contra los dioses del imperio.

El Juez, que á la sazón lo era Sérpola, le mandó prender y le hizo comparecer á su presencia, con ánimo de interrogarle ante los testigos acusadores, persuadido que Andrés negaría el hecho que se le atribuía.

Sérpola no era un hombre malo, socialmente considerado; y aunque educado en la religión gentilica, tenía buenos sentimientos, era compasivo y bondadoso y no contribuía poco á que se arraigara en él este carácter las buenas cualidades de su esposa Flavia, mujer honestísima, y á quien repugnaban por instinto las costumbres paganas.

Andrés compareció á la presencia del Juez tranquilo y sereno, ansioso de confesar una vez más á su verdadero Dios, y pregonar sus alabanzas.

— Estos que tienes presentes, le dijo el Juez, señalando á los testigos, te acusan de haber blasfemado contra los dioses del imperio. ¿Es cierta la acusación, ó tienes que alegar algo en tu descargo?

— Falsa es la acusación, señor; porque sólo hay blasfemia cuando se pronuncian palabras injuriosas contra el verdadero Dios; y no existe blasfemia, aunque se diga lo que se quiera contra seres inventados por la fantasía de los hombres, seres imaginarios que ni existen ni han existido nunca, ni pueden existir. Si en tu mente y en la de cuantos me oyen hubiera penetrado la luz de la verdad, comprenderías la gran ridiculez de adorar á esas divinidades fantásticas, y el gran pecado que se comete en robarle la adoración que le debemos al que nos sacó de la nada; al que nos creó á su imagen y semejanza; al que acaba de morir en el suplicio de cruz y que vino á este mundo en carne mortal para redimirnos del pecado.

Las palabras de Andrés fueron acogidas con gran gritería por los asistentes, y en particular por los testigos, que viendo confirmada por el mismo Andrés su delación, pedían á grandes voces que fuera sentenciado á muerte. Pero Andrés tenía mu-

chos partidarios, muchos que habían abrazado la verdadera religión, y protestaban y amenazaban á los testigos.

En poco estuvo que la sala del juicio se convirtiera en campo de batalla, según estaban de excitados los ánimos.

No sin grandes esfuerzos, consiguió el juez restablecer el orden con el auxilio de algunos centuriones romanos, y continuó el interrogatorio.

Según eso, dijo el Juez, ¿tú eres uno de los discípulos de Jesús, que hace poco fué sentenciado y muerto en Jerusalén por impío y prevaricador?

Discípulo soy de Jesús, aunque el más indigno de todos; pero debo decir en alta voz y para que puedan oírlo todas las gentes, que los impíos y prevaricadores fueron los que derramaron la sangre del justo, los deicidas... los....

Otra vez la turba de fanáticos que habían pedido la muerte de Andrés volvieron á interrumpirle con grandes voces, y tal vez hubieran atentado contra la vida del apóstol, sin la intervención de los centuriones que los tenían á raya con sus largas picas.

El Juez comprendió que no debía prolongarse por más tiempo aquel interrogatorio, y después de haber declarado al reo convicto y confeso de blasfemia contra los dioses del Imperio, mandó despejar la sala del juicio.

Muchos pedían que fuera dictada la sentencia para ejecutarla en el acto; pero el Juez persistió en su resolución, y las turbas, aunque perezosamente y de mala gana, salieron de aquel lugar para situarse en la calle.

Andrés fué trasladado á la cárcel y custodiado con dobles guardias.

Apénas Sérpola quedó sólo, se presentó á él Flavia, su mujer, y le dijo:

— ¿Qué piensas hacer con ese hombre?

— Ánimo tenía de haberle concedido la libertad, si hubiera pronunciado una sola palabra de descargo; pero obstinado en confesar su culpa y en añadir mayor criminalidad, ¿qué remedio queda?

— ¿Le vas á condenar á muerte?

— No puedo menos, en cumplimiento de la ley.

— Eso no lo harás; porque si tal hicieras, tendrías que dictar sentencia también contra mí, ya que yo declaro que pienso, respecto á los dioses del Imperio, lo mismo que ese hombre, y hago más todas las palabras pronunciadas por él, á que vosotros dais el nombre de blasfemias.

— ¡Mujer! ¿Qué dices?

— Lo que oyes. Y si tú llegaras á mostrarte tan ciego y tan cruel, que decretaras la muerte de ese justo, en el acto mismo tu mujer Flavia se entregaría á las turbas, acusándose de profesar la religión del Crucificado y maldiciendo á esos falsos dioses, que sólo en vuestra mente existen.

— ¿Me quieres comprometer?

— Quiero salvar á ese hombre.

— Pero ¿cómo?

— El cómo lo dejo á tu elección. No quiero que manches tus manos con la sangre del justo.

— Ha faltado á las leyes del Imperio.

— Y tú faltarías á la ley de Dios si decretaras el castigo de ese hombre que predica la verdad.

— ¡Flavia!

— No conseguirás intimidarme ni hacerme variar de propósito.

— ¿Quieres mi perdición?

— Quiero salvarte.

Sérpola quedó un momento pensativo. En su mente bullían mil encontrados pensamientos. Quería á su mujer entrañablemente; nunca había resistido á ninguno de sus deseos; antes bien se había adelantado siempre á satisfacerlos. Flavia había dado reiteradas muestras de su humildad, y en la ocasión presente no podía comprender el motivo de su resistencia. Después de una corta pausa, durante la cual mil encontradas ideas cruzaron por su mente, le preguntó:

— ¿Pero qué clase de interés te inspira ese hombre, ese extranjero?

— Un interés muy grande; el interés que inspira la virtud y la inocencia; el interés que inspirará la verdad. He oído á ese hombre durante el interrogatorio; tenía fijos en él mis ojos cuando sus acusadores le amenazaban de muerte, y... no lo dudes, esposo mío; aquella calma, aquella tranquilidad, aquel desprecio del peligro, me cautivaron; es más: hasta me pareció que una brillante aureola circundaba todo su cuerpo. Aquel hombre no es un impostor, ni un ser vulgar; aquel hombre es un justo, y es tal mi convicción, que después de haberle oído me dije: no; Sérpola, mi esposo, no condenará á ese hombre.

— Pero si no es posible obrar de otro modo.

— Tú eres el Juez, sálvalo.

— Si le salvo, seré yo acusado ante el Cónsul.

— Busca el medio de evitarlo.

— No encuentro ninguno.

— Yo lo encontraré. Dame una orden para que permitan á una persona hablar con el preso.

— ¿Qué piensas hacer?

— Nada que te comprometa.

— Pero dime al menos...

— Nada puedo decirte, porque nada he resuelto todavía. Pero quiero esa orden.

— Toma la orden; y ten presente que eres la mujer del Juez Sérpola. Y el Juez le dió un pergamino con su sello. Flavia lo tomó y le dijo:

— Ahora dime: ¿cuándo se publicará la sentencia?

— Mañana.

— Está muy bien.

— Piensa mucho lo que vas á hacer.

— Pensado lo tengo. Guárdete el cielo.

— No hagas que me arrepienta de mi condescendencia.

— No te arrepentirás. Y dichas las anteriores palabras, desapareció de la presencia de su esposo.

¿Qué pensaba hacer con aquella orden? ¿De qué medios quería valerse para conseguir la libertad de Andrés, ya que esta y no otra era su intención? Pronto lo veremos.

Eran las once de la noche; noche fría y lluviosa: por las calles de Sebaste no transitaba alma viviente, toda vez que la mayor parte de sus habitantes se habían entregado al descanso. Sin embargo, Andrés no dormía. Encerrado en estrecho calabozo, y entregado por completo á la oración, esperaba tranquilo el momento en que se abriera aquella puerta, para dar paso á los verdugos que debían conducirlo al suplicio.

Sólo un sentimiento abrigaba su corazón, el de haber hecho tan poco para alcanzar tan pronto la recompensa de reunirse con su divino Maestro.

— No quisiera morir aún, se decía. ¿Qué méritos he contraído yo en este mundo? ¿Qué sacrificios he hecho? ¿Qué penalidades he sufrido? ¿A cuántas almas he arrancado del poder del pecado?

No, no quisiera morir; pero que no se haga mi voluntad, sino la vuestra, Dios y Señor mío.

Hé aquí á vuestro siervo dispuesto á obedecerla y acatarla, ahora y siempre.

Embebido en estas reflexiones, distrajo su atención ruido de pasos en el angosto corredor que conducía á su prisión, y el rechinar de la llave en la cerradura de la puerta.

Por una bocanada de aire fresco que penetró en el calabozo, comprendió que había sido abierta la puerta; pero nada vió, en atención á la intensa oscuridad en que estaba envuelto aquel recinto.

— ¿Estás ahí, Andrés? Dijo una voz cuyo timbre dulce y argentino no cabía duda que era de mujer.

— Aquí estoy, repuso Andrés, sorprendido.

— Levántate y sígueme. Vengo á salvarte.

— ¿Quién sois vos, señora?

— Mi nombre importa poco. Soy una mujer que tiene fe en tus palabras; una mujer que ha abrazado la verdadera religión, y que viene á traerte la libertad.

— Cuando á tal hora venís y con tales precauciones, es prueba de que no tenéis poder bastante para hacerlo á la luz del día. Quizá abusáis de la confianza de mi carcelero; si así es, no debo admitir la libertad. Volveos y dejadme.

— Si te dejo, mañana se pronunciará contra tí sentencia de muerte, y morirás.

— Mañana, como hoy y como siempre, se cumplirá la voluntad de Dios. Yo estoy tranquilo.

— ¿Y si Dios ha tocado en mi corazón para que diera este paso?

— Siendo así, ya no vacilo. Vamos.

— Coge la punta de mi manto, y sígueme.

Andrés no dudó un punto, asió la punta del manto que se le presentaba, y siguió á su guía.

A los pocos instantes se encontró fuera de la cárcel.

— Te suplico que no te detengas un punto en esta ciudad, y á ser posible, que el nuevo sol te encuentre muy lejos de sus muros. La doctrina que has predicado en este país no será perdida, yo te lo prometo; así, pues, vete á difundir la luz de la verdad á otros países.

— Dios te bendiga, mujer desconocida para mí. Tus palabras son de consuelo y tu acento denota la fe de que estás poseída. Sin duda has hallado gracia á los ojos del Señor mi Dios. Bendita seas.

Flavia regresó á su casa; pero cuál no sería su sorpresa, al encontrar á Sérpola, su esposo, que esperaba su llegada.

— ¿De dónde vienes, mujer? le preguntó, apenas puso los pies en el patio ó zaguán.

— No quiero mentirte, porque la mentira mancha los labios, después de haber manchado el corazón. Vengo de dar la libertad al que estaba preso.

— Me has perdido.

— Te he salvado; porque he impedido que cometieras una villanía.

— ¿Y qué responderé yo ahora ante el cónsul, y ante el pueblo?

— Refiriendo la verdad; diciendo que he sido yo la autora de todo.

— Eso jamás.

— ¿Pero tú crees que aquel hombre fuera un criminal?

— Creo todo lo contrario; le creo un justo.

— Pues entonces, bien hecho está lo hecho. Defiendes tu opinión y dices que reconocida su inocencia, le has mandado poner en libertad. ¿De qué pueden acusar al que obra con justicia?

— Tus palabras infunden en mi ánimo fortaleza.

— No son mis palabras, esposo mío, es la luz de la verdad que va penetrando en tu mente.

— ¿Qué dices?

— Digo que la doctrina de ese hombre se va abriendo paso en tu inteligencia. Digo que eres cristiano.

— ¡Flavia!

— ¿Y por qué te avergüenzas de confesarlo, si es el mayor timbre de gloria que podrías ostentar? Sí, esposo mío; estoy convencida de la divinidad de esa doctrina; he rogado incesantemente para que Dios tocara en tu corazón. ¿Quieres que vayamos á recibir el Bautismo?

— Dispón lo que quieras, que á todo estoy resuelto. Has conseguido hacer de mí otro hombre, y este cambio que yo experimento me demuestra el poder de ese Dios á quien adoro.

Sérpola y su esposa permanecieron hablando hasta la mañana siguiente, conviniendo ambos en abandonar la ciudad, y correr en busca de quien pudiera administrarles el Bautismo.

Como no hemos de volvernos á ocupar de estos personajes, diremos que, bautizados por Simón Pedro, murieron mártires de la fe, á los dos años de haber abrazado la Religión de Jesucristo, en un pueblo cercano á Roma, donde se habían retirado huyendo de la persecución contra los cristianos.

Andrés en cumplimiento de la promesa hecha á Flavia, la mujer de Sérpola, salió de la ciudad en dirección á Cesarea, recorriendo antes los países de Galgalis, Gábe, Mageddo y toda la llanura de Nabata.

(Se continuará.)

ROMA



Se celebró en el Vaticano el día 23 de Mayo el anunciado Consistorio secreto, en el que Su Santidad León XIII se dignó crear y publicar Cardenales de la Santa Iglesia Romana y de la Orden de *Didonos* á Monseñor Luis Pallotti, auditor general de la Cámara Apostólica, y al Rdo. P. Agustín Bausa, de la Orden de los Hermanos Predicadores, mayordomo del Sagrado Palacio Apostólico.

Monseñor Pallotti es sobrino del venerable siervo de Dios del mismo nombre, fundador de las misiones populares, y cuya causa de beatificación se ha incoado recientemente.

El nuevo Cardenal hizo sus estudios en el Colegio romano, en la época en que aun brillaba en él por su doctrina y ciencia el P. Passaglia, y terminados aquellos, fué llamado por el Cardenal Reisach, que le nombró su secretario. Poco después fué agregado á la Nunciatura de Madrid, donde representó al Papa Pío IX, como padrino en el bautismo del príncipe D. Alfonso, después Rey de España.

Pasado algún tiempo sucedió á Mons. Czacki en la secretaría de la Congregación de los Estudios. En los principios del pontificado actual, secundó los excelentes proyectos de Su Santidad León XIII, y fundó y mejoró varios de los establecimientos de educación que el Vaticano sostiene á sus expensas. Se debe principalmente á Monseñor Pallotti el rápido crecimiento del Instituto técnico que lleva el nombre de su fundador Mons. Merode, el del gran liceo *Angelo Mai* y el de la academia histórico-jurídica, célebre por sus eminentes profesores.

En su cualidad de secretario de la Congregación de los Estudios, trabajó también en la organización de las universidades libres de Francia.

A punto de ser nombrado Nuncio en Bruselas ocurrió la ruptura de relaciones entre la Santa Sede y el gobierno belga. Por esta causa continuó Monseñor Pallotti, encargado de las obras de enseñanza, en el cargo de Prefecto de los estudios en el Seminario romano, donde desarrolló un notable plan de enseñanza, que fué después continuado por Monseñor Tagmo.

En 1881 ejerció el cargo de sustituto en la Secretaría de Estado de Su Santidad, y posteriormente el

mis servicios á la causa de la libertad. Cierzo que vuestros sufragios son espontáneos y justos, pero no por eso serán menos agradecidos por mí. ¡Alguacil!

El alguacil se adelantó cuatro pasos.

Anda inmediatamente á la iglesia, y si D. Justo no está en ella, vete á la casa rectoral, y dile de parte del alcalde, que inmediatamente eche las campanas á vuelo como si fuera sábado de gloria.

— Voy volando.

Y el alguacil, queriendo congraciarse con la nueva autoridad local, echó á correr entre los aplausos de los concurrentes. Aquella aprobación unánime alentó al tío Pilatos, quien prosiguió diciendo:

— ¡Convecinos! Sin perjuicio de fijar en un bando y hacer publicar por pregón las intenciones con que entro en la casa del Concejo, quiero deciros con dos palabras mi programa, durante largas noches de insomnio acariciado.

— ¡Que hable! ¡Que hable! rugió la muchedumbre.

— Primera providencia: Valle-hondo se reserva el derecho de aceptar ó no el Gobierno que quieran dar al país los hombres que forman el Gobierno Provisional.

— ¡Bravo!

— Derrocada la dinastía, es innegable que queda proclamada la república; pero como en la historia hay ejemplos de todo, yo me limito por hoy á recomendaros la calma mientras se desarrollan los acontecimientos.

— ¡Bien por el alcalde!

— En cuanto á mi política local seré muy breve. Quedan suprimidos todos los derechos que cobra la Iglesia...

— ¡Bravo!

— El comercio será libre, la conciencia será libre, la imprenta será libre, el amor será libre.

Los mozos aplaudieron calurosamente.

— Durante tres meses no será obligatorio el pago de alquileres de casas ó fincas, ni el de las igualas al médico, al maestro y al boticario.

— ¡Viva la libertad! — gritó este último, riéndose en su interior de aquella escena y prometiéndose sin duda cobrarse indirectamente de lo que por las igualas dejara de percibir.

— La contribución de sangre queda abolida en Valle-hondo, y mi autoridad municipal se reserva tratar como merezca á cualquier reclutador que pueda presentarse por aquí, así como á los recaudadores de contribuciones y comisionados de apremio.

— Viva Pilatos — gritaron los mozos, animados por el contenido de una bota que había ido corriendo de mano en mano.

— Item — añadió el alcalde — los juegos de bolos, mus y ruleta podrán funcionar durante todo el día.

— Y las tabernas — añadió el boticario — podrán estar abiertas durante toda la noche.

Bramidos, palmadas, gritos de entusiasmo y rugidos de aprobación siguieron á aquellas palabras que condensaban perfectamente las aspiraciones del elemento liberal de Valle-hondo, sobrado tiempo víctima de las contribuciones, de las quintas y de los derechos eclesiásticos.

— Pero no se oye el campaneo — dijo uno de los circunstantes.

— Tal vez con el ruido...

— Guardemos silencio.

Todos callaron efectivamente y hasta contuvieron el aliento creyendo escuchar ruido de campanas.

Y no se engañaban con efecto; pero aquel son no era el que ellos esperaban, pues la campana mayor de la iglesia doblaba á muerto.

— ¡Se habrá querido burlar D. Justo? — exclamó rojo de indignación el alcalde.

Y cuando trataba de salir á la calle para enterarse de lo ocurrido vió llegar al alguacil faltó de aliento, que decía:

— Señor, el sacristán ha equivocado sin duda la orden; pero todavía hay algo más grave...

— Habla, desgraciado.

— Que el árbol de la libertad, rociado con petróleo, está ardiendo... es decir, habrá ardido ya por completo.

— ¡Venganza! ¡Venganza!

— ¡Los neos se nos burlan...!

— El absolutismo saca la cabeza.

Pilatos comprendió la gravedad de aquella actitud de sus amigos y el compromiso que podría acarrear á su autoridad, y haciendo guardar á todos silencio, dijo con estentórea voz.

— Amigos míos: en todo esto veo una intriga de los caídos; pero no debemos dejarnos sorprender. Dispuesto estoy, si es necesario, á un rompimiento completo y definitivo entre las potestades eclesiástica y civil; pero los acaloramientos nada bueno pueden producir. ¿Tenéis confianza en vuestro alcalde?

— Sí, sí — repitió el coro.

— Pues bien: yo os prometo que esta burla no quedará impune. Ahora, hijos míos, alumbrad con hogueras las encrucijadas, que el tamboril y la gaita recorran el pueblo, que las rondas de mozos anden por donde quieran y que todos los cosecheros os sirvan el vino que se os antoje, pasando después la cuenta al Erario municipal. ¡Viva la libertad! ¡Viva Valle-hondo con honra!

— ¡Y viva Pilatos! — repitió el coro con el unánime desentono de siempre. — ¡Viva el alcalde!

El hijo de éste era el único que no había tomado parte en el general regocijo. Una secreta voz le decía que aquellos gritos de gozo señalaban para él el principio de una era de contrariedades y disgustos.

III

Durante el tiempo invertido en la sesión en que quedó proclamado alcalde de Valle-hondo el labrador Pilatos, la casa rectoral ofrecía muy distinto aspecto.

D. Justo, modelo de caridad y mansedumbre, había sabido, como todos sus feligreses, el levantamiento de España, y después de rezar largamente por las víctimas que el encuentro de Alcolea había causado en ambos bandos, se retiró á su habitación donde hubiera estado largo tiempo sumido en sus meditaciones, sin la llegada del tío Roque, su sacristán y jardinero, á quien profesaba particular cariño.

— Señor cura, dijo éste entrando, ya no hay vergüenza en el pueblo... ¿Querrá usted creer que han mandado un aviso para que las campanas sean echadas á vuelo?

— ¿Y quién, hijo mío?

— Cuatro tunos, á los que parece que capitanea el tío Pilatos.

— ¿Y no hay alcalde aquí?

— ¡Ay, señor! según todos mis informes, el alcalde ha huido, temeroso de que los liberales le jueguen alguna mala pasada.

El señor cura pareció meditar un momento, y dijo á Roque:

— Pues bien: si los que piden el campaneo aducen algún título para ello, ó amenazan siquiera con la violencia, obedecedlos en el acto, y suframos todos con paciencia la contrariedad de este pronunciamiento, que tantos daños puede acarrear al país. Mientras que esto no ocurra, no podemos ni debemos realizar lo que podría traducirse como un acto espontáneo de nuestra voluntad. Ahora, hijo mío, á encender las luces.

Roque se alejó murmurando en voz muy baja, pero no tanto que el buen cura no comprendiera ó adivinara sus frases haciéndole sonreír paternalmente.

— Paciencia, hermano sacristán, paciencia, que nada son nuestros leves padecimientos comparados con los de nuestro divino Redentor.

Roque, al salir, notó que un bulto se alejaba apresuradamente de aquella sala. Era María de la Soledad, la sobrina de D. Justo, que, mujer y curiosa, había estado escuchando la conversación de su tío.

— Doña Solita, la dijo ya en la puerta el sacristán: ¿me da usted el petróleo para las lámparas?

Soledad le llenó una alcuza como todas las noches, y se extrañó viéndole regresar muy poco después.

— Doña Solita, esos condenados de liberales me tienen tan excitado que he vertido el petróleo. ¿Quiere usted llenarme de nuevo la alcuza?

Era la primera vez que cometía Roque semejante torpeza. Soledad le dió el petróleo que le pedía, y cuando minutos después le vió entrar en la rectoral le preguntó:

— ¿Encendiste las luces?

— Sí, señora, ya está ardiendo todo.

Solita no comprendió el doble sentido de aquellas palabras; pero viendo después el farol del portal y el que ardía á la entrada de la sacristía, no pudo menos de observar que ambos lucían malísimamente, y que en ninguna de ambas partes se notaba la mancha del aceite vertido.

La llegada del alguacil interrumpió los pensamientos de Solita, y habiendo llamado al sacristán, el dependiente del Concejo preguntó por el Sr. Don Justo.

— Acaba de acostarse algo enfermo.

— Pues bien: recibe tú la orden, ya que de todas maneras has de ser quien la cumpla. El tío Pilatos, alcalde de este pueblo, elegido por sufragio universal, manda que inmediatamente se echen á vuelo las campanas para celebrar el triunfo de la revolución. ¿Lo entiendes?

— Sí que lo entiendo y sí que lo haré, que en ausencias y enfermedades del señor cura me complazco en servir á todos los vecinos, aunque sean de los réprobos. Y bien sabe Dios que no siento que el

tío Pilatos haya llegado á ser alcalde, pues en esta casa se alegrará seguramente alguien.

Y Roque miraba maliciosamente á María de la Soledad, que había presenciado la entrevista y escuchado el diálogo.

— ¿Con que al campanario?

— Al campanario voy, y en él estaré hasta que me déis contraorden.

Tal fué el origen del importuno cambio de sonos del campanero. Cuando el alcalde en persona llegó al templo y llamó al sacristán para que dejase de hacer doblar las campanas, éste le dijo socarronamente:

— Como ha desaparecido la monarquía, yo creí que correspondía tocar á muerto. Por lo visto las explicaderas del alguacil y mis entendederas propias corren parejas.

IV

La grandeza de Pilatos fué tan efímera como rápido había sido su encumbramiento. Organizada malamente, pero organizada al fin la vida política y administrativa, unas elecciones amparadas por los poderes públicos, le volvieron á la vida privada, no sin haber sufrido antes muchísimas contrariedades y no menos sinsabores.

¡Había sido tan pródigo en prometer en los momentos de su exaltación!

En primer lugar se vió obligado al pago de todo el líquido que se consumió en la noche del levantamiento, porque el nuevo alcalde declaró que las arcas municipales no estaban autorizadas para aquel gasto, y numerosos testigos hicieron responsable de él al labrador.

Después tuvo que sostener un largo y ruinoso pleito con varios convecinos que habían talado sus campos, convirtiéndolos en terrenos de aprovechamiento común, en nombre de la libertad.

En nombre de la libertad le arrebataron también los frutos de su huerta. En nombre de la libertad, el maestro acudía á comer á su mesa todos los días en vista de que no le pagaban su sueldo. En nombre de la libertad, el médico, libre del contrato con el municipio, le exigió cien duros por haberlo asistido en un arrebato de sangre que le causó la noticia de haber elegido las Cortes nuevo rey. En nombre de la libertad, el boticario, castigado también en sus ingresos, vertía junto á la casa de Pilatos todos los desperdicios de su laboratorio y se dedicaba á hacer peligrosos experimentos, siempre que el bueno del labrador entraba á conversar con él en la rebotica.

Un nuevo y grave disgusto estaba llamado á sufrir, y lo sufrió con la quinta en que le tocó entrar en suerte á su hijo.

El pobre muchacho sacó de la urna uno de los números más bajos, y no tuvo más remedio que coger el chopo y marcharse á servir al rey, y á un rey extranjero por más señas, llamado á ceñir la española corona por 191 votos de diputados españoles.

Pero, así como las contrariedades suelen ser la piedra de toque para que brille mejor el genio, así también los disgustos continuados de Pilatos fueron depurando más y más las ideas de su credo socialista. El, que había empezado leyendo *La Iberia*, no se satisfizo luego más que con *La Igualdad*, *El Combate* y *El Noventa y tres*; él, que se contentó al pronto con la caída de los Borbones, quiso luego la de todos los tronos y la de todos los poderes permanentes. La república unitaria dejó su vez á la federal y ésta á la revolución social, más completa y demagógica en el crisol de la inteligencia de Pilatos, el labrador que en 1854 lamentaba los disturbios y pronunciamientos militares y vivía feliz conservando y aumentando con su trabajo el patrimonio que en Valle-hondo le dejaron sus abuelos.

La despedida de Juan, el hijo de Pilatos, y de María de la Soledad, la sobrina de D. Justo, no pudo ser más conmovedora. Ambos jóvenes habían soñado con un porvenir venturoso, al cual asociaban siempre al labrador y al sacerdote; pero, ¡ah! que desde cuatro años antes el sacerdote no tenía ojos más que para llorar las desdichas de su patria ni pensamientos más que para elevarlos al que es fuente de todo consuelo, y despreciaba el dolor no menos intenso, pero más humano, de su sobrina Solita; y el ex-alcalde Pilatos, marchando en su progresiva locura, sólo pensaba en regenerar al mundo, y soñaba con la predicación y con el martirio, con la gloria de los héroes y de los mártires de la libertad.

Juan y Solita se habían hecho la promesa que en análogas circunstancias se hacen todos los amantes: ella, de esperarle siempre; él, de volver pronto y digno de ella; pero ya no habían podido hacerse dicha promesa con la libertad que tenían para hablarse en su primera juventud, sino con la reserva y



SAN SEBASTIÁN.

el temor de los que son celados por sus parientes.

En la noche que precedió á la marcha de los quintos, éstos recorrían las calles dando serenatas á sus novias, y junto á la casa rectoral, una voz de muchacho lloró más que cantó la siguiente copla:

A servir al rey me marché
y ahí te dejó el corazón,
no le trates con desdenes
al que siempre te adoró.

Una ventana, ligeramente entreabierta, dejó asomar una mano que alargó al cantor un objeto que sus compañeros apenas pudieron distinguir: era un escapulario con la imagen de la Virgen de la Soledad.

Pero, si triste era la situación de los principales personajes de nuestra historia á los cuatro años del levantamiento de Valle-hondo, la de los vecinos todos del pueblo no era más digna de envidia. Olvidado el principio de autoridad, sólo se obedecía al capricho; sin el freno religioso, la virtud vivía en peligro constante y el crimen seguro de la impunidad. Allí, donde antes la oliva de la paz crecía simbólicamente, sólo se veían abrojos y malezas; el trabajo estaba abandonado; la agricultura falta de brazos, muerta la industria y entronizados el vicio y el error. Pocos pueblos daban mayor contingente de causas al juzgado y pocas eran las noches en que no se traducía á tiros y navajazos el encono de unas y otras familias de la localidad.

La abdicación del rey D. Amadeo y la proclamación de la república dieron nuevos alientos á Pilatos y á los que pensaban como él; pero aquella república de retóricos y doctrinarios no podía satisfacer ya á quien había avanzado tanto. Por eso, cuando surgió la declaración de cantones independientes, el mundo pudo leer con asombro la siguiente noticia:

«Valle-hondo se ha proclamado en cantón, contra el cual marchan las tropas del Gobierno. Al frente de la rebelión figura un antiguo alcalde, denominado Pilatos. Las calles y entradas del pueblo están llenas de barricadas, por lo que es de suponer que aquellos habitantes se preparan á una obstinada defensa.»

V

Era la mañana de uno de los primeros días de Octubre. En una pobre choza distante un cuarto de legua del pueblo, el cura D. Justo, presa de extraordinaria agitación, conversaba con el sacristán Roque, que parecía llegar en aquel momento.

— ¿Qué noticias, amigo mío?

— Tan malas como todas las que tenemos desde el triste día en que esos cafres le arrojaron á usted del templo y del pueblo con amenazas de muerte y sin respeto á sus virtudes y á su ancianidad.

El cura se enjugó silenciosamente una lágrima.

— Señor, aquello es un verdadero infierno: las casas están desiertas y las gentes reunidas en la plaza haciendo barricadas y cartuchos; los muchachos se han entregado al merodeo para poder comer y ya no hay propiedad segura ni alimento tranquilo en una casa. El templo ha sido habilitado para hospital y en él comen y beben y roncán, cuando no hagan peores cosas, esos infames. Pilatos les suele arengar desde el púlpito y á sus discursos incendiarios responden los rugidos de las turbas. En los primeros momentos huyeron todos los que tenían algo que perder; pero ya ni siquiera eso es posible, porque está perfectamente cercado todo el recinto.

— ¿Y Solita? ¿Has sabido de ella?

— Según me ha dicho mi confidente el monaguillo, está en mi casa con mi mujer y por ese lado podemos ya estar tranquilos.

— ¿Y las tropas?

— Las tropas llegarán de un momento á otro y no es dudoso que se empeñará una lucha sangrienta, porque nuestros convecinos están locos, locos de remate...

— ¡Desgraciado pueblo!

— Ahora, señor cura, todos tenemos que cumplir con nuestro deber.

— Sí, Roque, y el mío me llama á que por todos los medios procure penetrar en el pueblo, aunque me desconozcan y me injurien... aunque pierda la vida. Dentro de poco habrá allí desgraciados á quienes consolar, heridos que socorrer, moribundos á quienes redimir en nombre del Dios de las misericordias. Ni mi edad, ni mis achaques lograrán apartarme de los deberes de mi sagrado ministerio.

— Señor, le interrumpió con respetuosa firmeza el sacristán, permita usted que por primera y única vez en la vida no le dé la razón. Entregarse al martirio y á la muerte, sin provecho para los mismos á quienes quiere usted salvar, me parece una verdadera locura. Si triunfasen los del pueblo, el más salvaje desenfreno haría á usted víctima de su impiedad; si triunfan las tropas del Gobierno, esas tropas, señor, son las mismas que han profanado los templos en Cataluña, bailando y emborrachándose en ellos; porque hoy el ejército no simboliza como antes los altos intereses de la patria, sino los menguados de unos cuantos políticos.

— Y aunque no te falte razón en lo que dices, ¿qué recurso nos queda á los creyentes y á los que damos nuestra vida para combatir la impiedad?

Roque se convenció de que nadie podía escucharle, y acercándose más aún á D. Justo, añadió:

— Para combatir á la impiedad y defender el derecho está en armas otro ejército: el ejército de don Carlos, y para unirse á ese ejército saldrá del pueblo inmediato esta noche una numerosa partida de



CRISTO PREDICANDO EN EL LAGO DE GENESARETH.

(Cuadro de H. Hoffman.)

voluntarios. Unámonos a ella, y si hemos de morir, muramos en defensa de la Religión y del Trono.

— No, Roque amigo; la misión del sacerdote no es de guerra, sino de paz, de mansedumbre y de perdón. Repugna a mi sagrado ministerio y a mi carácter personal todo lo que suponga violencia, y creo que los voluntarios del absolutismo que fían a las armas el triunfo de sus deseos hacen al país el mismo daño que los vociferadores y demagogos que hoy imperan en Valle-hondo. Roque, mi resolución es irrevocable; iré al pueblo; iré aunque tuviera que caminar a rastra; y si encuentro al llegar a sus tapias un desgraciado a quien socorrer ó consolar, daré por bien empleado mi propio martirio.

— Entonces, señor, déme usted su bendición...

— ¿Cómo?

— Porque mi resolución es irrevocable también. A mí no me ligan y aprisionan sagrados votos; durante cinco años he devorado mucha hiel, y ya no tengo más que una ambición en el mundo: ¡la de matar liberales!

— Roque, tu razón se extravía.

— Señor, creo que ninguno de cuantos vivimos en Valle-hondo la tiene muy segura. Dígame usted si es de cuerdos sacrificarse por sus enemigos.

— Jesucristo Nuestro Señor murió por ellos en la cruz.

— Pues bien; prefiero yo morir víctima de una descarga.

En aquel mismo instante, y como si el sacristán hubiera evocado con sus palabras al genio destructor de la guerra, sonó una imponente descarga de fusilería, seguida, ó mejor dicho contestada por varios disparos sueltos.

D. Justo se puso de pie, y abrazando a Roque y limpiándose las lágrimas echó a andar con la ligereza que sus años le permitían, en dirección al pueblo. El sacristán, después de seguirle con la mirada durante algunos momentos, se colocó en un cinturón de cuero dos gruesas pistolas, se echó una manta sobre los hombros y un sombrero de anchas alas sobre la frente, y montando una mula que se encontraba atada junto a la choza, exclamó entre dientes: — Pronto sabrán los liberales quién es el sacristán de Valle-hondo.

Cuando el anciano sacerdote llegó junto a las tapias del pueblo, un horrible espectáculo se ofreció a sus miradas: allí, junto a la carretera, ó sea en el único camino más accesible a la población, hallábase levantada una barricada de troncos de árboles, sacos de arena y piedras, de la que partían repetidos disparos de sus invisibles defensores. En el camino real se hallaba una compañía de ejército, que se había visto obligada a replegarse una vez, y en cuyas filas había hecho el plomo enemigo diferentes bajas, entre las que se contaba la del oficial que la mandaba. En aquellos momentos, cuando los soldados vacilaban viendo caer a su caudillo, un joven sargento, pálido como la muerte, pero comprendiendo la responsabilidad que le imponían los galones de sus mangas, se puso al frente de la fuerza, y exclamó lacónicamente:

— No hay que disparar un solo tiro, hasta que hayamos coronado esa posición, ahuyentando a sus defensores a la bayoneta. Amigos míos, ¡viva España!

Y ante los asombrados ojos de D. Justo, los soldados avanzaron con resolución sufriendo impávidos los disparos de los cantonales, abrieron brecha en la barricada por uno de sus extremos y penetraron como violenta avalancha en las calles del pueblo. Entonces los defensores huyeron despavoridos, disparando sus carabinas los más audaces, y los soldados pudieron ver a un viejo de canosa cabellera y pobre y encrespada barba, que en vano procuraba contenerles. El joven sargento, dirigiéndose a sus compañeros, exclamó con ansiedad:

— Cogedle vivo, por Dios, que es mi padre.

Pero el tío Pilatos, viéndose acorralado por la tropa y abandonado por los rebeldes, sin darse cuenta de quien era el sargento ni de la situación en que se encontraba, atento sólo al fanatismo político que se había enseñoreado en él, se aplicó debajo de la barba la carabina, y exclamó: — ¡Viva la revolución social! Después sonó una detonación, y el tío Pilatos cayó a tierra para no levantarse jamás.

D. Justo, que había logrado llegar hasta allí, se acercó a su antiguo amigo, presentándole un crucifijo para excitarle al arrepentimiento, y viendo que el demagogo utilizaba sus últimas fuerzas vitales para rechazar la sagrada imagen, el viejo sacerdote le dió un beso de paz y reconciliación en la frente.

El cantón de Valle-hondo había terminado, y al día siguiente, templados los ánimos, se daba tierra a los cadáveres, víctimas de la lucha fratricida. Entre

los mismos figuraba el tío Pilatos, al que seguían el señor cura y su sobrina Solita.

La fuerza del ejército que había tomado la barricada, siempre al mando del joven sargento primero, había tenido que salir del pueblo, sin tomar el más pequeño descanso, para perseguir a una partida carlista que acababa de levantarse en las inmediaciones, mandada por el sacristán de Valle-hondo.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL ARTE MATERIALISTA

No es posible desconocer que el derrotero actual de una parte del arte, señaladamente de las novelas y del teatro, conduce directamente al más encarnizado materialismo. Será cuestión de moda, afán de ir a remolque de los autores franceses, costumbre de imitar los patrones más exagerados, preocupación de algunos críticos que guían é inspiran a los escritores, ceguedad y aberración del público que aplaude todo lo que le choca y todo lo que se sale del marco en que se encerraba el arte comedido y culto de otros tiempos; pero es lo cierto que lo que se ve hoy en el teatro y lo que se lee en forma de novela es materialismo puro y crudísimo; afectos desordenados, desnudeces inconcebibles, abigarrado color verde y rojo, descortesía, efectos burdos y desentonados, chapucerías inconvenientes, mucha ignorancia del lenguaje castellano, mucho olvido de las reglas elementales de la cultura y muchísima falta de estilo, y aun de sintaxis.

Nunca se ha llegado a tal extremo, ni el rebajamiento del arte ha sido mayor. Se necesitaría recordar los peores tiempos del siglo pasado. Hay aquí una especie de culteranismo que no consiste en el alambicamiento, sino en la crudeza.

Se escogen hoy los peores aspectos de la vida, las pasiones más monstruosas, las destemplanzas más brutales para causar emoción y arrancar aplausos.

Hay que decirlo claramente: mientras otras artes, v. gr., la música ó la pintura (también en decadencia, salvo determinados países, entre los que habrá que citar con elogio, respecto de la segunda, a nuestra patria, según revela la última Exposición), caminan, sin embargo, por sendas no definitivamente extraviadas ni del todo confusas, eligen procedimientos que tienden a la bondad relativa ó al progreso mediato, y de buena fe abandonan los que no se ajustan a un recto criterio de belleza; la literatura se extravía, se confunde, pierde lastimosamente su tiempo y en locas ó desatentadas marchas y contramarchas acaba por entregarse a un materialismo desenfrenado en el cual se deja a un lado ó se combate fanáticamente toda noción de idealidad y de bondad moral, y, lo que es más doloroso todavía, para los partidarios del arte por el arte según la fórmula de la Estética hegeliana, toda noción de buen gusto.

Lo peor es que seguimos, como imitadores serviles, a la moderna escuela francesa, aunque maestro tan insigne y literato tan esclarecido como D. Juan Valera, siquiera se desdeñen sus enseñanzas, demuestre cual lo hace recientemente en sus admirables artículos de la *Revista de España*, que tal escuela ni puede ostentar título defendible ante la moral, ni ante la filosofía, ni ante el buen gusto, reduciéndose, como se reduce, a un alarde monstruoso de pesimismo irreligioso y funesto ó a una vana y aparatosa ostentación de vulgares aptitudes fotográficas.

El arte materialista moderno es un recuerdo cruel de la fotografía, y no copia lo noble y levantado, sino lo vulgar, pedestre y criminal de la naturaleza humana, alejada de Dios y de la ley y entregada al brazo secular de la patología. Tal arte no puede servir para nada bueno; no consuela, porque el espíritu se acoquina y entristece delante de esos cuadros de sombra é indiferente malicia; no descubre horizontes de belleza, porque no es bella una simple habilidad de reproducir a la *bestia* humana; no entretiene, siquiera, porque cansa y molesta la prolija labor del detalle y carece de la grandiosidad de un conjunto, de un punto de vista bello y sublime. A lo más se admira la laboriosidad y talento del autor, pero se echa de menos la idea—meramente artística—la concepción, el plan, el *quid divinum*, el reflejo del pensamiento estético.

Este es el efecto que causa la última novela de Pérez Galdós, en quien se admira un talento verdadero, una prolijidad incansable y una paciencia a prueba de engaños; de Pérez Galdós, que es un maestro, aunque no sea un gran escritor ni un estilista consumado, y al cual hay que reconocer dotes de observador, quizás superiores a las que hemos

visto hasta ahora, poniendo siempre a salvo la personalidad ilustre de Pereda, nuestro primer novelista, como Valera es nuestro primer escritor.

En nuestro juicio nada hay tan difícil como escribir una buena novela. Se requieren para ello el conocimiento y la experiencia del mundo que Galdós revela; la espontaneidad, lozanía y sensibilidad exquisita del ingenio de Alarcón, el inimitable creador de *El Escándalo* y *La Alpujarra*; la manera de hacer, ó sea el estilo de Valera, con los distingos convenientes para impedir que un bandido andaluz (en las *Ilusiones del Dr. Faustino*) hable mejor que un académico, mejor que casi todos los académicos, y tan bien como D. Juan Valera mismo; la maestría insuperable de Pereda. Es necesario ser algo poeta, algo orador, algo médico, algo juriconsulto, algo industrial y algo músico para escribir novelas; ver la luz y el color como los pintores, sentir como las mujeres, ser al propio tiempo hombre de mundo y filósofo de gabinete, entusiasta y escéptico; varónil y afeminado; poseer cualidades tan opuestas como las del erudito, que todo lo sabe, y las del hombre de acción y de sociedad, que casi todo lo ignora, proceder por intuición y por discurso, tener noticias de muchas cosas, y penetrar hasta el fondo, y vislumbrar la esencia de no pocas, inventar y no fingir, crear un mundo imaginario y atenerse a lo que suministra la realidad de todos los días.

La novela actualmente, en fuerza de ser rancho común y pasto literario de los espíritus, se ha hecho imposible de escribir, no contentándose en los lindes de la medianía adocenada ó cursi. En ella hace su presa mejor el arte materialista que condenamos, eco de determinadas preferencias, cuyo objetivo es la *fisiología* que intenta hoy invadir los dominios del arte, último puerto de salvación de los escépticos. La vida se reduce ahora, en el sentir de muchos, al temperamento, a la herencia, a la selección natural y al fatalismo del medio ambiente, que, según dicen, produce desde el heroísmo hasta el crimen, lo cual supone que ya no existen ni criminales ni héroes.

Bien se nos alcanza que el movimiento del arte actual es cuestión de moda, que pasará, como pasó la exageración del romanticismo, en el que, sin embargo, había más empuje, mayor fuerza, vitalidad excesiva, generosidad innata, alteza de miras y un fondo de poesía y de hermosura jamás negado, que no se ven entre las brumas y entre la sucia y espesísima niebla del arte materialista actual, que tampoco por cierto ha logrado tener hasta la presente representantes tan ilustres, como lo fueron, en España, Rivas, Espronceda, García Gutiérrez; en Francia, Víctor Hugo, Dumas (*père*), Vigny; en Alemania, Schiller, etc., quienes seguramente darán nombre al siglo XIX. Entre los escritores actuales, predominan dotes inferiores en lo artístico, a saber, el talento observador, la paciencia ardua, la laboriosidad mareante, la prosa de la línea recta y la aridez de un mecanismo bien montado, que hace siempre la misma cosa; me parece que todos los escritores de la novísima tendencia no valen un Manzoni.

No creemos que la tendencia que combatimos envuelva un peligro para la sociedad, sino a la larga. Más peligroso era el romanticismo para ciertas gentes; díganlo si no los estragos que causó el *Werther* de Goethe. Pero es desconsolador estar oyendo y viendo constantemente horrores y monstruosidades. Al fin los maestros tienen, siempre algo que admirar; pero los discípulos no tienen nada y sí mucho que abominar, especialmente el efecto soporífero de sus obras.

Y el teatro... el teatro es una dolorosa consecuencia de las nuevas doctrinas. En España, exceptuando algunas agradables muestras de la comedia chispeante y graciosa, modelo Serra, Bretón y don Ramón de la Cruz, todo lo demás es profundamente deplorable, disparatado, género Echegaray, Cano, Sellés, etc., ó género cursi, mediocre, docente y adocenado; mucho *estilo* flamenco, chulerías insoportables, solecismos tiranos é indecencias de grueso calibre.

No es posible contemplar este espectáculo sin dolor y tristeza, y fuera por extremo abrumador y desconsolador atribuir a la sociedad en general el abatimiento que el arte muestra. El día que el materialismo y el pesimismo dominen por igual sociedad y arte, uno y otro perecerán sin remedio. La vida humana necesita para desarrollarse la atmósfera de la fe y de la esperanza. Suprimid de una vez en el espíritu de los hombres el consuelo que producen las creencias firmemente sentidas, los nobles impulsos, la satisfacción de la conciencia individual, el anhelo de una vida mejor más acá y más allá del sepulcro, la vitalidad de las grandes ideas, el móvil generoso de las acciones, el amor a la especie y el entusiasmo por su perfeccionamiento y por su pro-

formaba parte y convirtiéndola en un verdadero monolito piramidal. Más de 25.000 metros cúbicos de piedra se extrajeron al efecto, quedando de esta manera aislado el Santo Sepulcro, que ocupaba el centro de la iglesia.

La suntuosa Basílica construida por Santa Elena permaneció en pie hasta que Cosroes II, rey de Persia, saqueó á Jerusalén en 614 y redujo á escombros la Basílica, llevándose la verdadera Cruz y demás instrumentos de la Pasión. Diez años después su hijo Siroes tuvo que ajustar paces con el Emperador Heraclio y fué rescatada la Cruz, conduciéndola á Jerusalén procesionalmente y con gran pompa el mismo Emperador, que descalzo la llevó sobre sus hombros y la depositó en la iglesia del Calvario.

No fué fácil reedificar la Basílica de Santa Elena; pero el antiguo monje Modesto, Obispo á la sazón de Jerusalén, allegó recursos é hizo construir cuatro pequeñas iglesias ó capillas: una sobre el Santo Sepulcro, otra sobre el Gólgota, la tercera sobre el lugar en que Jesucristo resucitado se apareció á la Virgen Santísima y la cuarta sobre el sitio de la invención de la Cruz.

Así continuaron frecuentadas y veneradas por los cristianos, hasta que en el año 1010 fueron destruidas de nuevo por Hakem, feroz Califa de Egipto. La cristiandad entera contribuyó con sus donativos á la reconstrucción de las iglesias dichas; comenzaron las obras bajo el mismo plan del Obispo Modesto; continuaron durante los reinados de los Emperadores Argyrio, Miguel el Paflagonio y Constantino Monómaco, y en 1048 se dieron por terminadas, abriéndose al culto público una rotunda central y tres capillas laterales. Así las encontraron los Cruzados, que hicieron de los cuatro un solo edificio, reuniendo las capillas y la rotunda bajo el mismo techo y construyendo la fachada actual en 1130. Decoraron interiormente las capillas y revistieron de mármoles preciosos el Santo Sepulcro; pero en el año 1244 fué medio destruida y profanada la Basílica por las hordas feroces de los Karismianos y aventadas las cenizas de Godofredo de Bouillon y demás reyes cristianos de Jerusalén.

Prolijo sería enumerar y describir los diferentes incendios, destrucciones y reparaciones parciales de que en distintas épocas ha sido objeto la Basílica de la Resurrección. En 1555, como amenazase ruina el monumento dentro del cual estaba el Santo Sepulcro, instado al efecto por el Papa Julio III y por el Emperador Carlos V el Rdo. P. Bonifacio de Ragusa, Guardián entonces de Monte Sión y más tarde Obispo de Stagno, procedió á la reparación del Santo Edículo, é hizo construir un templete de pórfido, mármoles y metales preciosos.

En 1607, por 5.000 ducados de oro, los judíos consiguieron del Sultán Ahmet I autorización para demoler la Basílica; pero lo supo á tiempo é impidió tan inicua trama el Embajador de Venecia.

Por derecho propio custodiaban el Sepulcro del Señor, como los demás Santos Lugares, los heroicos PP. Franciscanos desde que, en 21 de Noviembre de 1342, el Papa Clemente VI por medio de la Bula *Nuper carissimi in Christo*, y más tarde por otra que empieza *Gratias agamus omnium bonorum largitori*, les encomendó la custodia de Tierra Santa; pero los griegos cismáticos, que veían con malos ojos este predominio, se aprovecharon del incendio casual ó intencionado de 1808, que dió en tierra con la cúpula de la rotunda y gran parte del edificio, y á fuerza de oro obtuvieron de la Sublime Puerta autorización para reedificarla á sus expensas. Acudieron los Franciscanos á las naciones católicas, que preocupadas con la guerra europea, desatendieron sus ruegos y los griegos cismáticos reedificaron la cúpula, repararon á su antojo los desperfectos que había sufrido el edificio y dejaron el templete del Santo Sepulcro en el estado en que hoy se encuentra. Construyeron sin duda con tan poca solidez la nueva obra, que en 1858 ya amenazaba ruina la cúpula, por cuya razón fué reconstruida en 1869 por los esfuerzos mancomunados de Francia, Rusia y Turquía.

Sin tener el plano á la vista no es fácil formarse idea exacta de la Basílica de la Resurrección ó del Santo Sepulcro, abigarrado hacinamiento de construcciones de todos los estilos arquitectónicos y de todos los tiempos. Está situada en el cuartel de los cristianos, al NE. de la ciudad y en el promedio é inmediaciones de la calle de Damasco. Desde la hospedería de Casa Nuova, por calles estrechas, pendientes y empedradas de morrillo, se desciende á la plazuela que precede á la Basílica, que es casi cuadrada, pues mide 17 metros de largo de N. á S. por 14 de ancho de E. á O.; se puede entrar por dos puertas colocadas en los ángulos meridionales y se baja por una escalinata de tres gradas y media, tan anchas como la plaza misma. Paralelas á estas gradas se levantan seis bases de otras tantas

columnas de mármol, que formaban sin duda en otro tiempo parte del magnífico pórtico meridional de la Basílica. Colocado el peregrino en dicha plaza, frente á la fachada de la Basílica, á mano derecha se le indica el lugar en que fué martirizado el Beato Cosme, lego franciscano, y frente á las dos puertas de la iglesia, el sitio donde fué quemada viva la Beata María de Portugal, terciaria de San Francisco, asesinados uno y otra por la barbarie musulmana y en defensa de la fe.

Según indicios, la Basílica del Santo Sepulcro estuvo aislada en tiempos remotos, terminando con cuatro hermosos pórticos, que correspondían á cada uno de los puntos capitales. En la actualidad está rodeada de casucas, capillas y conventos por todos lados, excepto por la fachada principal, que da á la plaza. A vista de pájaro se destacan, dominando el edificio, dos cúpulas, que corresponden la mayor á la rotunda del Sepulcro y la menor al coro de los griegos cismáticos y una torre medio derruida. La rotunda del Sepulcro con el coro de los griegos y las pequeñas capillas que hay en torno de una y otro componen una iglesia bastante regular, casi de figura elíptica, con dos ábsides; pero forman también parte de la Basílica la iglesia del Calvario, la de los PP. Franciscanos, llamada iglesia de la Aparición y las capillas de Santa Elena y de la Invenición de la Santa Cruz. Procuraré decir algo de todos y cada uno de estos santuarios venerandos con la claridad y concisión posibles.

La fachada de la iglesia es románica-bizantina; tiene dos puertas, tapiada la de la derecha y abierta la de la izquierda; dos ventanas ojivales sobre las puertas, y «en los arcos, capiteles, dinteles y tímpanos admiranse bajos relieves de piedra de delicadísima labor, figurando hojas, flores, frutos, aves, animales fantásticos y simbólicos, pasajes de la vida del Salvador, etc., etc.». A mano izquierda, mirando la fachada, se levanta el antiguo campanario, y á mano derecha se ve una pequeña puerta inferior que da entrada á la capilla de Santa María Egipcíaca, y una escalera superior, que conduce á la de Nuestra Señora de los Dolores, hoy separada de la iglesia del Calvario, con la cual comunica por una ventana enrejada.

Entrando en la Basílica se ve á mano izquierda el *diván* de los porteros musulmanes que la abren, la cierran, conservan las llaves en su poder y cobran las propinas. Pasan el día sentados sobre sus piernas cruzadas y el turbante puesto, fumando en el *narguilé*, conversando en alta voz y tomando café, que hacen ellos mismos en unos braserillos. Un alto y oscuro muro, coronado por una balaustrada de piedra, se levanta á la izquierda é impide ver la capilla del Calvario. Avanzando unos pasos de frente se llega á la piedra de la unción, así llamada porque sobre ella fué ungido con mirra y áloe el Sacratísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. La verdadera piedra de la unción, que es un pedazo de la roca del Gólgota, para preservarla de la devoción indiscreta de los peregrinos, está cubierta por una lámina rectangular, de piedra rojiza del país, que tiene 2 metros y 70 centímetros de larga, 1 metro y 30 centímetros de ancha y 30 centímetros de gruesa, sirviéndole de adorno un pomo dorado en cada uno de sus ángulos. Constantemente arden sobre ella 8 hermosas lámparas, regaladas por un archiduque de Austria. Este santuario pertenece en común á los latinos, griegos, armenios y coptos y en él puede ganarse indulgencia plenaria.

Doce metros á la izquierda, por el lado O. de la piedra de la unción, se encuentra el lugar desde donde las santas mujeres veían á Nuestro Señor Jesucristo clavado en la Cruz. Este sitio está marcado en el pavimento con una piedra circular, sobre la cual se levanta una especie de jaula de hierro, de cuya cúpula pende una lámpara constantemente encendida.

Seis metros más allá hacia el E. empieza la rotunda y vése uno colocado debajo de la gran cúpula que protege al Santo Sepulcro. Dicha rotunda tiene 18 metros y 30 centímetros de diámetro; la componen 18 pilares de mampostería, sobre los cuales se apoyan 18 arcadas, que forman dos galerías superpuestas con vistas á la rotunda y en torno del Santo Sepulcro. Todo ello está coronado por una cúpula atrevida, sencillamente adornada con pinturas al fresco de poco mérito, que no reproducen, como parecía natural, escena alguna de la Pasión.

En el centro mismo de esta rotunda se levanta un templete, dividido en dos capillas, la anterior de las cuales se llama del Ángel y en la posterior está el Santo Sepulcro. Desde la primera un ángel, apoyado sobre la piedra que servía de puerta al Santo Sepulcro, anunció á las santas mujeres que el

Señor había resucitado. Es una especie de vestibulo que tiene 3 metros y 45 centímetros de largo, por 2 metros y 90 centímetros de ancho. Las paredes interiores están adornadas de esculturas, columnitas y bajos relieves en mármol blanco. De día y de noche arden 15 lámparas de plata, que pertenecen las 5 del centro á los franciscanos; las 5 de la derecha á los griegos cismáticos, y de las 5 de la izquierda 4 á los armenios y la quinta á los coptos. En el centro hay un pedestal con un trozo de la piedra que cerraba el Sepulcro. Una puerta muy baja, abierta en el muro O., conduce á la capilla de la Santa Tumba, que tiene 2 metros y 7 centímetros de larga y 1 metro 93 centímetros de ancha. Está interiormente revestida con láminas de mármol blanco, que cubren la verdadera roca de la cueva, dentro de la cual fué sepultado Nuestro Señor Jesucristo. En el lado N. de esta sagrada capilla está el banco de piedra sobre el cual fué colocado el cadáver del Señor con la cabeza hacia el Occidente y los pies hacia el Oriente. Este banco se eleva sobre el pavimento unos 65 centímetros, tiene 1 metro y 89 centímetros de largo y 93 centímetros de ancho. Está abierto á pico en la peña en forma de artesa poco profunda, empotrado en las paredes de la capilla por detrás y ambos extremos, y cubierto por delante y por arriba con láminas de mármol blanco, las cuales hay que renovar con frecuencia, porque insensiblemente las desgastan los besos de los peregrinos. 40 centímetros más arriba de la Sagrada Tumba hay una cornisa al rededor de los muros de la capilla, de piedra rojiza del país, sobre la cual se apoya el altar portátil, que sirve diariamente á los católicos para celebrar el Sacrificio de la Misa. Tres cuadros representan enfrente á Jesucristo resucitado, y pertenecen, el del centro á los griegos, el de la derecha á los armenios y el de la izquierda á los latinos. 43 lámparas de plata, suspendidas de la bóveda, arden día y noche en este angusto recinto, pertenecientes 13 á los franciscanos, 13 á los griegos, 13 á los armenios y 4 á los coptos. Estos últimos no tienen derecho á oficiar nunca dentro de la sagrada capilla. Exteriormente el templete es prolongado; su fachada ó parte anterior rectangular, y semicircular su parte posterior. En el centro de dicho exterior semicírculo poseen los coptos una pobre capilla, cerrada con una verja de hierro y en la cual celebran sus oficios. Un pequeño cimborrio corona el monumento, que en su parte superior está circuido por una balaustrada de piedra. Dos escaleras laterales conducen interiormente desde la capilla del Ángel al techo del templete. Lámparas numerosas cuelgan exteriormente en torno de todas las paredes las comuniones cristianas durante sus oficios solemnes. Algunos pasos enfrente de la puerta del monumento está el pequeño y pobre coro de los latinos, desde donde se divisa perfectamente toda la rotunda.

Frente al Santo Edículo y detrás del coro de los latinos, ocupando la gran nave de la Basílica, está la capilla de los griegos cismáticos, notable por la regularidad de sus proporciones y por la profusión de dorados, verjas de metal, cuadros bizantinos, lámparas y sillerías que la adornan. El conjunto es rico, aunque de mal gusto. En el fondo dan paso al altar mayor ó *Sancta Sanctorum* dos bonitas verjas de hierro. Tres tronos suntuosos, destinados á su Patriarca y Obispo, ocupan el centro y ambos lados de la sillería. En medio de la capilla hay un vaso de mármol blanco y dentro de este vaso un hemisferio, que según los griegos es el *ombiligo del Universo*.

Interminable sería describir los demás lugares y capillas existentes en torno de la rotunda y la nave central de la Basílica del Santo Sepulcro. Me limitaré, por consiguiente, á nombrarlos según el orden de su colocación respectiva. Frente á la capilla de los coptos, dos pilastras de la rotunda dan paso á la cueva sepulcral de José de Arimatea. Dando la vuelta al santo templete, 18 metros más allá hacia el E. saliendo de la rotunda, se encuentra á mano derecha la capilla franciscana, donde Nuestro Señor Jesucristo se apareció, vestido de jardineiro, á Santa María Magdalena. Un roseton marca en el pavimento el lugar mismo que ocupaba el Divino Hortelano. Algunos pasos más allá 4 escaleras conducen á la iglesia de los PP. Franciscanos, edificada sobre el lugar donde Nuestro Señor Jesucristo, después de su resurrección, se apareció á su Santísima Madre. Esta iglesia es pequeña, pero regular; la están reparando actualmente; tiene 3 altares, dedicados el mayor ó del centro á María Santísima, el de la izquierda á las reliquias, entre las cuales estuvo un pedazo de la verdadera Cruz, hasta que en 1557 lo robaron los armenios cismáticos, y el de la derecha á la columna de la flagelación, que se ve allí al través de una reja y ante la cual puede ganarse indulgencia plenaria. Detrás de esta iglesia, donde los PP. Franciscanos celebran constantemente

sus oficios, se encuentra la sacristía, y en sus calajes pueden verse la espada y espuelas de Godofredo de Bouillon y el oscuro y malsano convento de los PP. Franciscanos.

Volviendo á la nave de la Basílica que circuye la capilla de los griegos, á mano izquierda se encuentra el lugar en el cual hubo una gruta que sirvió de prisión á Nuestro Señor Jesucristo y á los ladrones mientras se hacían los preparativos para su suplicio. Forma una capilla dividida en tres departamentos, pertenecientes á los griegos cismáticos, y en la cual no hay nada de notable más que una piedra con dos agujeros, en cada uno de los cuales tuvo uno de los pies Nuestro Señor Jesucristo, atados por medio de una cadena, según asegura la tradición. Viene á continuación la capilla griega de San Longinos, sin más adornos que tres cuadros regulares, representando escenas alusivas á la vida del soldado que introdujo su lanza en el costado de Nuestro Señor.

Dos metros más allá se encuentra, sin que de ella se haga uso, la antigua puerta por donde bajaban á la iglesia los canónigos del Santo Sepulcro. Ya en el centro del ábside de la iglesia está la capilla armenia de la división de los vestidos de Nuestro Señor, y 2 metros más allá, á mano izquierda, por una escalera compuesta de 26 peldaños, se baja á la iglesia abisinia de Santa Elena, tallada parte en la roca y decorada con lámparas y globos de metal, suspendidos del techo. Tiene dos altares y en el ángulo SE. del principal, dedicado á Santa Elena, se muestra el sitio sobre el cual oraba la Emperatriz mientras se practicaron las excavaciones para la Invenición de la Santa Cruz. Una escalera de 13 peldaños, abiertos en la roca, desciende por el lado de la Epístola del altar dicho á la capilla franciscana de la Invenición de la Santa Cruz, antigua cisterna abierta en la roca viva del Calvario, unos 25 metros más allá al E. del lugar de la crucifixión del Señor. No hay en esta capilla más que un altar con una hermosa estatua de bronce de tamaño natural, representando á Santa Elena apoyada en la Cruz, regalo del infortunado Emperador de Méjico, Maximiliano de Austria. Subiendo de nuevo al ábside de la Basílica y dando la vuelta, siempre en torno de la capilla de los griegos, á mano izquierda se ve en el centro de una capilla y debajo de la mesa del altar, dentro de una especie de caja de hierro con agujeros, por los cuales se puede introducir la mano y tocarse la columna llamada de los oprobios ó de las injurias, sobre la cual, coronado de espinas, estuvo sentado Nuestro Señor Jesucristo, en tanto que de él hacían befa los infames soldados. Dos metros más allá se encuentra á mano izquierda una escalera de tres peldaños y una puerta que conduce al refectorio de los griegos. Desde aquel punto se presenta cada vez más oscura la galería, se deja á mano derecha una de las puertas del coro de los griegos no unidos, y después de haber recorrido un espacio de 15 metros, se encuentra á mano izquierda una escalera de 18 peldaños, próxima á la piedra de la unción y por la cual se sube á la iglesia del Calvario. Apoyado está el suelo de ésta, parte sobre el peñasco mismo que forma la cima del Gólgota y parte sobre unas bóvedas, construídas á fin de darle mayor amplitud. Ocupa este edificio la parte SE. de la Basílica y está 4 metros y 70 centímetros más alto que el pavimento de aquella. En conjunto, la iglesia del Calvario es casi cuadrada y su eje mayor, que parte de E. á O., no pasa de 15 metros. Cerrada está la parte anterior por una balaustrada de piedra, que tiene cerca de un metro de altura, y dividido el interior en dos capillas paralelas, separadas por tres gruesos pilares macizos y dos arcos. La primera, subiendo por la escalera dicha, que es la de la izquierda y pertenece á los griegos, contiene en el fondo un rico altar sobre el agujero mismo en el cual estuvo plantado el árbol de la Cruz, donde espiró el Redentor del mundo. Una plancha de plata refuerza los bordes del sagrado orificio, por el cual puede introducirse la mano y el brazo hasta tocar la piedra misma con la cual estuvo en contacto la Cruz del Salvador. A derecha é izquierda y unos 2 metros hacia atrás se advierten, marcados con piedras negras circulares, los sitios en donde estuvieron las cruces de los dos ladrones. En el lado de la Epístola, entre el agujero de la Cruz del Señor y el lugar del suplicio del mal ladrón, se ve y puede tocarse á través de una reja de plata, la hendidura milagrosa, abierta en la peña del Calvario por el terremoto que se produjo inmediatamente después de haber espirado Jesucristo. Debajo del arco, que separa esta capilla griega de la católica de la derecha, está el pequeño altar franciscano del *Stabat Mater*, precisamente sobre el lugar mismo donde María Santísima recibió en los brazos el adorable Cuerpo de su Divino Hijo, al bajarle de la Cruz. En el fondo de esta segunda ca-

pilla se encuentra el altar conmemorativo de la Crucifixión del Señor, con un hermoso lienzo semicircular que representa tan patética escena. Delante de este altar un mosaico cuadrilongo marca en el pavimento el lugar preciso sobre el cual fué enclavado en la Cruz el Redentor Divino. Más atrás, entre el mosaico dicho y la escalera de los católicos, un rosetón, colocado en el suelo, indica el lugar mismo sobre el cual Nuestro Señor Jesucristo fué despojado de sus vestiduras. Una ventana con reja, que se abre en el muro de la derecha, permite ver desde la iglesia del Calvario la ya nombrada capilla de Nuestra Señora de los Dolores. Numerosas lámparas arden día y noche sobre todos los Santos Lugares dichos.

En los subterráneos de la iglesia del Calvario está la capilla de Adán y en ésta los lugares que ocuparon en otro tiempo los sepulcros de los dos primeros reyes de Jerusalén, Godofredo y Balduino. Más allá, una puerta colocada á mano derecha da paso á la sala de la recepción de los griegos cismáticos. Enfrente enseñan el lugar en donde, según tradición constante, estuvo la tumba de Melquisedec. En el fondo se ve una pequeña excavación abierta en la roca del Calvario y hasta la cual llega la milagrosa hendidura del terremoto, nicho que contuvo el cráneo de nuestro padre Adán, según tradición que relataré minuciosamente.

Al rededor de la rotunda y de sus galerías se encuentran los conventos y habitaciones de los armenios, coptos y franciscanos. Las de los griegos cismáticos están entre la iglesia del Calvario y la capilla de Santa Elena. Las galerías que dan vista al Santo Sepulcro, pertenecen también por partes desiguales á las comuniones cristianas dichas. Descender á detalles minuciosos y describir fotográficamente todos y cada uno de los santuarios y todas y cada una de las partes que componen la inmensa Basílica, sería hacerse tan pesado como interminable. Lo dicho basta para imaginarse aproximadamente la iglesia más augusta del mundo. Volveré sobre algunos de estos lugares venerandos cuando relate las tradiciones referentes á cada uno.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

LO QUE PASÓ EN VALLE-HONDO

(BOCETO DE UNA NOVELA.)

I



En un lugar de la Mancha, que no es por cierto el mismo en que ejerció como cobrador de alcabalas el inmortal autor del *Quijote*, sino el conocido en el mapa literario con el nombre de Valle-hondo, vivía un honrado labrador de bastante considerable hacienda y que si no habíase pasado las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio leyendo libros de caballerías, dió en cambio en la funesta manía de suscribirse á todos los periódicos avanzados que se publicaban por los años que precedieron á la revolución de 1868.

Íntil es decir que su imaginación, poco preparada para aquellas lecturas, obtuvo de las mismas un resultado lamentable, y que de exageración en exageración y de absurdo en absurdo, creyóse destinado por la Providencia á dar forma práctica en su aldea á las teorías del más radical socialismo.

Cuando algún pobre se acercaba á pedirle limosna, nuestro hombre, por mal nombre Pilatos, se enfurecía, manifestándole que no pidiera una cosa que se debía de justicia; que su hacienda podría valer 5.000 duros y que como á ella tenían derecho 15 millones de españoles, le entregaría en el acto lo que al mendigo juzgaba corresponderle: unos seis céntimos. El agraciado los recibía, no muy satisfecho de la largueza del rico, pues no ignoraba que si de nuevo le pedía un socorro, obtendría por toda respuesta la de que él había entrado ya en posesión de lo que de sus bienes le correspondía.

Pilatos regaba diariamente el árbol de la libertad, plantado por los liberales del 1836; guardaba como reliquia en un armario un calcetín del desamortizador Mendizábal, que le fué desamortizado al efecto por la lavandera; en sitio preferente de su casa tenía el retrato del general Espartero con su característico chascás, y hubiera dado cualquier cosa por saber música para tocar durante todo el santo día el himno de Riego.

El propagandista desinteresado de las doctrinas liberales se había impuesto la obligación de leer en voz alta á los mozos de su labranza los artículos de fondo de la prensa democrática, y era de ver á los

pobres manchegos bostezando con semejante lectura, de la que no sacaban nada en limpio.

Después acudía por las tardes á la casa del cura D. Justo, hombre virtuoso, y que aferrado á sus ideas católicas y tranquilas formaba con Pilatos el más extraño contraste que imaginarse puede, y empezaba la incesante polémica que terminaba á las nueve de la noche para volver á empezar á la tarde del día inmediato; sin que el uno consiguiera persuadir á su contrincante de que la ventura de los pueblos se resume y cimenta en el ideal democrático, ni el otro convenciera al uno de que fuera de la doctrina cristiana no hay salvación para el alma de los hombres.

El pueblo manchego, rico y floreciente, había tenido hasta entonces la fortuna de que los bandos políticos no se enseñorearan de él; pero desde que Pilatos se dedicó á leer y propagar la lectura de ciertos periódicos y el cura D. Justo á querer tener á raya aquellas tendencias que juzgaba peligrosísimas y el médico á hacer gala de materialista y el sacristán á preconizar el régimen absoluto, las diferencias fueron acentuándose, surgieron primero y se desarrollaron después los odios, y la política con su pestilente aliento fué secando la felicidad del pueblo, como se secaba también sin enfermedad ostensible el árbol de la libertad, á pesar de las diarias irrigaciones efectuadas por el labrador Pilatos, con una constancia digna de los caudillos araucanos, que en sus hermosas octavas retrató Alonso de Ercilla.

En estas circunstancias el pueblo y en tal estado los ánimos, sorprendió á todos, liberales y reaccionarios, blancos y negros, el movimiento insurreccional de Septiembre de 1868.

II

La casa de Pilatos se hallaba llena de gente y en la amplia cocina, junto á la campana característica del hogar, tenían principal asiento los acomodados vecinos de Valle-hondo, mientras que en los extremos de la habitación por pasillos y rincones se apretaban mozos de labranza y criados, todos hablando á la vez, todos comentando las últimas noticias que había llevado de Madrid un propio y que completaban las publicadas por los periódicos.

— Amigos míos, decía Pilatos, los momentos son preciosos y estamos perdiéndolos lamentablemente. Esta mañana hemos sabido el levantamiento de Madrid y no le hemos secundado todavía.

— Es verdad, decía el boticario, que parecía algo malicioso; y de seguir nosotros indiferentes, puede fracasar el movimiento nacional.

— Sin embargo, decía un tercer personaje: hace ya cinco horas que nadie trabaja en el pueblo, las yuntas han vuelto á las cuadras y los mozos se han hartado de beber vino y dar vivas á la libertad.

— Bien; pero el alcalde...

— El alcalde ha huido temeroso de la justicia popular.

— Existe todavía un punto negro, dijo el tío Pilatos tomando del brazo á los que se hallaban más cerca de él y hablando en voz muy baja para que los mozos y dependientes no se enteraran. D. Justo el párroco, á quien mandé un recado para que echase las campanas á vuelo, se ha negado á hacerlo... Ya saben ustedes que es mi amigo; más aún, que el tonto de mi hijo y la tonta de la sobrina del cura se quieren y que por estas y otras circunstancias hubiera debido el hombre ser considerado conmigo... Pues nada, las campanas sin tocar.

— ¿Por qué, dijo el boticario, no se lo pide usted de oficio?

— De oficio...

— Naturalmente: aquí quieren ustedes que los demás entiendan y no empiezan por explicarse. Por ejemplo, en el ánimo de todos está que nadie tiene más títulos que Pilatos para ser alcalde de este pueblo, por renuncia implícita y fuga del propietario.

El labrador intentó modestamente una disculpa; pero no pudo formularla porque prosiguió el boticario:

— Pues bien: yo, intérprete de los sentimientos de todo el vecindario de Valle-hondo, creo que debemos empezar por decir: ¡Viva el alcalde Pilatos!

— ¡Viva el alcalde Pilatos! contestó el coro general de ambos sexos que se forma siempre junto á todo declamador político.

Y así fué elegido alcalde nuestro labrador y así el sufragio universal quedó plantado en un lugar de la Mancha, antes de que los Códigos españoles lo consignasen en sus artículos.

— ¡Convecinos! exclamó Pilatos subiéndose en un taburete para que su discurso tuviera mayor resonancia. ¡Convecinos! la confianza con que me honráis es el lauro mayor que yo pudiera apetecer por

de secretario de la Congregación de los asuntos eclesiásticos. Por estas circunstancias intervino en todos los actos más importantes de los primeros años del pontificado de León XIII, y fué tal su asiduidad, que su salud se resintió gravemente. Gracias á Dios y á su naturaleza robusta, recobró la salud Mons. Pallotti; mas los médicos le prescribieron una vida más reposada, y por esta causa dejó el cargo que desempeñaba, en el que fué sustituido por Mons. Galimberti.

Entonces Su Santidad, tanto para recompensar se celo, como para seguir utilizando sus servicios, le nombró Auditor de la Cámara apostólica; puesto que ocupaba á su elevación al Cardenalato.

El nuevo Cardenal tiene actualmente sesenta años de edad.

El Rmo. Agustín Bausa nació en Florencia el 28 de Agosto de 1821. Cuenta por consiguiente en la actualidad sesenta y seis años de edad. Su piedad y virtudes le inclinaron desde muy joven á la vida religiosa y siguió en Roma los estudios eclesiásticos en el célebre convento de Santa María de Minerva.

En 1850 fué destinado á las Misiones en tierra de infieles; pero á causa de su mal estado de salud, hubo de regresar á Italia al cabo de ocho años. Después de permanecer en Ancona algún tiempo, se dedicó á la predicación, para la que reúne condiciones excepcionales. Son notables las conferencias que dió en la iglesia de San Gaetano, en Florencia, por espacio de diez años consecutivos, desde 1860 á 1870, y los sermones que predicó durante la Cuaresma del año anterior en la iglesia de San Pedro del Vaticano.

En 1883 fué nombrado por Su Santidad maestro de los Sacros Palacios, cargo anexo al de teólogo particular del Sumo Pontífice.

El P. Bausa acompañó á Roma en calidad de teólogo al Arzobispo Mons. Limberti, en la época del Concilio Vaticano. También desempeñó, durante muchos años, el cargo de Prior del convento dominicano de Santa María la Nueva, y fué asimismo Vicario de la Congregación de San Marcos.

Después del nombramiento de los nuevos Cardenales, Su Santidad provistó las iglesias siguientes:

La iglesia titular arzobispal de Petra, para Monseñor Luis Ruffo Scilla, trasladado de la sede arzobispal de Chieti, que conserva con el carácter de administrador provisional con la iglesia catedral de Vasto, y elegido Nuncio apostólico en Baviera.

La iglesia metropolitana de Chieti, á la que va unida la administración de la iglesia Catedral de Vasto, para Mons. Roch Cocchia, de la Orden de los Hermanos Capuchinos, internuncio apostólico del Brasil, trasladado de la sede arzobispal de Otranto.

La iglesia titular arzobispal de Gerapolis, para Mons. Concetto Focaccetti, Obispo dimisionario de Aguapendente, que conserva con el carácter de administrador provisional.

La iglesia metropolitana de Ravena, para Monseñor Sebastián Galeati, trasladado de las iglesias catedrales unidas de Macerata y Tolentino, que conserva con el carácter de administrador provisional.

La iglesia metropolitana de Otranto, para Monseñor Saweur Bruno Bressi, de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos, trasladado de la iglesia catedral de Bavino, que conserva con el carácter de administrador provisional.

La iglesia titular arzobispal de Nicea, para Monseñor Luis Galimberti, de Roma, Prelado doméstico de Su Santidad y Protonotario apostólico, canónigo de la Basílica patriarcal de San Pedro del Vaticano, secretario de la Congregación de negocios eclesiásticos extraordinarios, doctor en Filosofía y en Teología en ambos derechos, electo Nuncio apostólico en Austria Hungría.

Las iglesias catedrales unidas de Ampurias y Tempio, para Mons. Pablo Pinna, trasladado de la iglesia titular episcopal de Europa.

Las iglesias catedrales unidas de Ascoli y Cerignola, para Mons. Domingo Cocchia, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, administrador apostólico de Otranto, trasladado de la iglesia titular episcopal de Tedesta.

La iglesia catedral de Forlì, para Mons. Domingo Svampa, de la archidiócesis de Termo, camarero secreto supernumerario de Su Santidad, canónigo honorario de la iglesia metropolitana de Termo, director espiritual del Colegio Urbano de la Propaganda y de las religiosas del Sagrado Corazón de la Trinidad de los Montes, profesor de texto civil en las escuelas del Seminario pontificio romano, censor de la Academia Teológica de Roma, censor de la Sagrada Congregación del Concilio y misionero apostólico, doctor en Teología y en ambos Derechos.

La iglesia catedral de Aguapendente, para el R. D. Gislène Veneri, de la diócesis de Yesi, donde es canónigo de la Catedral, examinador prosinodal,

abogado fiscal de la curia episcopal, vicepromotor de la fe, profesor de Filosofía, de Matemáticas y de Ciencias naturales en el Seminario de la misma Diócesis, doctor en Filosofía, en Teología y en ambos Derechos.

La iglesia catedral de Antequera en Méjico, para Mons. Eulogio Gregorio, de la noble familia Gillow de Lancashire, en Inglaterra, que nació en Puebla, Méjico; prelado doméstico de Su Santidad, refrendario de ambos tribunales de la Signatura, doctor en Derecho canónico.

La iglesia catedral de Comayagua en la América Central, para el R. D. Manuel Francisco Vélez, de la archidiócesis de Guatemala, donde es cura párroco de San Sebastián, doctor en ambos Derechos.

En el citado Consistorio Su Santidad pronunció un importante discurso sobre los asuntos de Prusia y de Italia.

El Papa comenzó explicando su actitud respecto de Alemania, declarando que sólo se había guiado por el cuidado de la salvación de las almas. Describió la triste situación que se había creado á la Iglesia católica de Prusia, situación á la que tuvo que poner remedio, ayudado en esa obra por el episcopado y por el partido del centro, del que elogió el valor y la constancia y cuya conservación juzga indispensable.

El Papa hizo en seguida un elogio del emperador de Alemania y de su gobierno. La legislación últimamente votada en Prusia contiene en parte la abrogación completa de las leyes de Mayo y en el resto las suaviza. Los términos en que se expresó Su Santidad fueron los siguientes:

«Seguramente se ha puesto fin con eso al rudísimo combate (culturkampf) que ha afligido á la Iglesia, sin provecho para el Estado. Si quedan todavía algunas disposiciones, cuya abrogación piden los católicos, hay que recordar que acaban de obtenerse concesiones mucho más grandes y más importantes.»

El Papa habló asimismo de la esperanza de ver restablecida la paz religiosa en la Hesse-Darmstadt.

El Padre Santo expresó también al terminar sus deseos de que se realice esa pacificación en Italia, que le es tan querida. Dijo que Italia sería la primera en reportar los beneficios de la terminación del conflicto actual, pero que no puede establecerse el acuerdo, sino respetando la justicia y reconociendo los derechos de la Santa Sede. No podría hacerse un acuerdo sino en cuanto el Papa no sea súbdito de ninguna potencia y goce de plena y completa libertad en la administración de la Iglesia.

Acerca del Consistorio público, celebrado el día 26, se lee en una carta de Roma de la misma fecha:

«Esta mañana ha celebrado Su Santidad un Consistorio público en el Palacio Apostólico del Vaticano, para dar el capelo cardenalicio á los Cardenales Serafin Vannutelli, Camilo Schiaffino di Rende y Mariano Rampolla del Tindaro, creados y publicados Cardenales en el Consistorio secreto del día 14 de Marzo de este año; á Luis Pallotti y á Agustín Bausa, creados y publicados Cardenales en el Consistorio secreto del lunes pasado.»

«Estos Cardenales se dirigieron con tal motivo esta mañana á las nueve y media á la capilla Sixtina, y allí, mientras que los capellanes chantes pontificios cantaban los motetes propios á las circunstancias, prestaron juramento, según las constituciones apostólicas, á presencia de los Cardenales jefes de Orden, del Camarlengo y del Vicecanciller de la Santa Iglesia Romana, y también del Camarlengo del Sacro Colegio.»

«Durante este tiempo Su Santidad ha bajado con su noble corte á la sala de los *Paramenti*, donde le esperaban los Cardenales, Mons. el Vicecamarlengo de la Santa Iglesia Romana, los Arzobispos y Obispos, los diversos Colegios de la Prelatura Romana, los Oficiales y *cubiculares*, y el Secretario de la Santa Congregación de Ritos, el Promotor de la Fe, los Abogados consistoriales y los demás personajes admitidos á tomar parte en las ceremonias pontificias de gran solemnidad.»

«Allí el Soberano Pontífice ha revestido los ornamentos sagrados, y después, adelantándose hacia la sala ducal, ha tomado asiento en la *Silla gestatoria* en medio de los *fladelli*. Escortado por los personajes mencionados, ha hecho después su entrada en la sala real, en la que, y luego de subir al trono, ha comenzado la solemne ceremonia del Consistorio.»

«Los Cardenales han prestado desde luego el acto de obediencia á Su Santidad, mientras que los capellanes chantes cantaban motetes de circunstancia. Después los nuevos príncipes de la Iglesia introducidos en la sala real por los Cardenales de la Orden de diaconos, se han acercado hasta el trono del Soberano Pontífice, al que besaron el pie

y la mano, y de quien recibieron el capelo cardenalicio con el ceremonial de costumbre.»

«En los intervalos de esta ceremonia el Abogado consistorial, caballero Hilario Alibrandi, ha defendido por segunda vez la causa de beatificación y canonización de la venerable sierva de Dios María Rivier de Viviers, fundadora de la Congregación de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María.»

«Su Santidad se levantó luego del trono y bendijo á todos sus asistentes; después, volviendo á tomar asiento en la *Silla gestatoria*, regresó á poco rato, con el mismo ceremonial que antes y escoltado por el Sacro Colegio y toda la Corte, á la sala ducal y á la de los *Paramenti*, donde ha dejado los ornamentos sagrados para entrar con su noble Corte en sus departamentos particulares.»

«Después los Cardenales se han dirigido procesionalmente á la capilla Sixtina, precedidos de los capellanes chantes pontificios que cantaban el *Te Deum*. Concluido el himno de acción de gracias, el Cardenal Decano ha recitado la oración *Super creatos cardinales*, y al salir de la capilla Sixtina los nuevos Príncipes de la Iglesia han recibido por segunda vez el beso de paz de sus compañeros.»

«Terminado el Consistorio público, tuvo lugar el secreto en la sala de costumbre. El Padre Santo, después de haber cerrado la boca, según costumbre, á los Cardenales Vannutelli, Siciliano di Rende, Rampolla, Pallotti y Bausa, se ha dignado proponer y proveer las iglesias siguientes:»

«*La iglesia metropolitana de Lyon, á la cual va unido el título de Vienne en el Delfinado*, para Monseñor José Alfredo Toulón, trasladado de la Sede Arzobispal de Besançon, que conserva con el carácter de administrador provisional.»

«*La iglesia metropolitana de Besançon*, para Mons. Arturo Javier Ducellier, trasladado de la iglesia catedral de Bayona, que conserva con el carácter de administrador provisional.»

«*La iglesia metropolitana de Auch*, para Monseñor Juan León Gouzot, trasladado de la iglesia catedral de Gasp, que conserva con el carácter de administrador provisional.»

«*La iglesia titular arzobispal de Sebaste*, para Mons. Juan Francisco Noel Gonindard, trasladado de la iglesia catedral de Verdún, y delegado como coadjutor, con futura sucesión del Cardenal Carlos Felipe Place, Arzobispo de Rennes.»

«*La iglesia catedral de Bayona*, para Mons. Francisco Alfredo Fleury, trasladado de la iglesia catedral de Digne, que conserva con el carácter de administrador provisional.»

«*La iglesia catedral de Digne*, para el Rdo. Padre Enrique Abel Mortier, de la Archidiócesis de Cambrai, donde es Vicario general.»

«*La iglesia catedral de Gasp*, para el Rdo. P. Juan Alfonso Blanchet, de la Archidiócesis de Bourges, de la que es Vicario general.»

«*La iglesia catedral de Puig*, para el Rdo. Padre Fulbert Petit, de la Diócesis de la Rochelle, Vicario general de esta misma Diócesis.»

«*La iglesia catedral de Laval*, para el Rdo. Padre Victoriano Marechal, de París, Cura párroco de Corbeil, en la Diócesis de Versalles.»

«*La iglesia catedral de Sonora, en Méjico*, para el Rdo. Herculano de López, de la Archidiócesis de Mechoacán, de la que es Canónigo beneficiado de la Metrópoli y Vicario general de la Archidiócesis.»

«Su Santidad ha notificado después las iglesias siguientes, provistas por Breve anteriormente:»

«*La iglesia metropolitana de Adelaida, en la Australia, recientemente elevada á este rango por Su Santidad*, para Mons. Cristóforo Agustín Reynolds, hasta aquí Obispo de la misma Sede.»

«*La iglesia metropolitana de Wellington, en la Nueva Zelandia, recientemente elevada á esta categoría por Su Santidad*, para Mons. Francisco María Recwood, de la Compañía de los Maristas, hasta aquí Obispo de la misma Sede.»

Siguen otras varias iglesias que no enumeramos por falta de espacio.

Después de haber entrado Su Santidad en sus habitaciones, recibió en audiencia particular á los nuevos Cardenales.

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Monseñor Boyer, Obispo de Clermont, dirigiéndose á sus fieles, describe en estos términos la ofrenda que á Su Santidad piensa hacer la diócesis: «Consistirá — dice — en una imagen de San Austremonio, fundador apostólico de nuestra Iglesia, y el pedestal de la imagen un bajo-relieve que representará la predicación de la Cruzada por Urbano II

en presencia de la imagen de Nuestra Señora del Puerto, y al rededor de esta inmortal escena, á la que servirá de marco, irá colocada una corona, cuyos florones llevarán la imagen de cada uno de los treinta y dos Obispos de Clermont que la Iglesia ha colocado en sus altares, y también la del modelo de los Párrocos San Amable, cuya memoria tan viva se conserva entre nosotros. Con los dones y ofrendas se formará una exposición diocesana desde el 15 de Octubre al 1.º de Noviembre próximo.

En una orden de los Sres. Vicarios capitulares de Lyon, dirigida á los Rdos. Curas párrocos, después de encomendarles la oración por el Soberano Pontífice, añade algunas exhortaciones referentes á los donativos, objetos artísticos y peregrinación á Roma, recomendando la confección de telas y ornamentos para Iglesia por ser este género de ofrendas muy del agrado de Su Santidad por permitirle socorrer con ellas las iglesias pobres, las misiones lejanas y las cristiandades saqueadas y recientes.

Otro tanto hace en la Diócesis de Rennes su Prelado Emmo. Cardenal Place.

También en Saint-Brieuc se organizará una exposición diocesana antes de la remesa á Roma de los objetos recogidos.

Dice la *Semana Católica* de Tolosa, que siguiendo el pensamiento del Comité general del Jubileo, de no limitarse á regalar sólo objetos religiosos, se piensa en ofrecer ciertos donativos que el Sumo Pontífice podrá utilizar en ejercer su caridad para con los pobres. En su consecuencia, una inteligente modista del barrio de San Esteban ofrece un artículo de su invención que hallará su empleo en el hospital fundado por el Papa León XIII en favor de los coléricos. Son unas camisas de nuevo modelo, dispuestas de forma que permiten serle cambiadas á un enfermo ó herido sin moverle y que facilitan las operaciones quirúrgicas y la asistencia médica.

Unas religiosas francesas han enviado al Cardenal Arzobispo de Sens una curiosa ofrenda destinada para el Jubileo de León XIII. Consiste en un ramo de olivo con sus frutos: éstos se hallan repletos de piezas de veinte francos. La dedicatoria, que es discretísima y oportuna, es la siguiente: «Las Hijas del Catecismo, bajo la protección de Santa Colomba, presentan al Padre Santo, como antiguamente la paloma del Arca de Noé, el ramo de oliva, símbolo de la paz que piden para la Iglesia, con el pequeño óbolo de sus frutos, ligera muestra de un grande amor á León XIII.»

NOTICIAS

Procedentes de los catorce pueblos que forman el Valle de Ulzama, el 27 de Mayo llegaron á Pamplona, en peregrinación, los habitantes de los mismos con objeto de venerar en la Santa Capilla la imagen de la madre de Dios, á la que se han consagrado cultos solemnísimos.

Según el testimonio de varios romeros, á las tres de la mañana se organizó la peregrinación en el pueblecillo de Larrainzar, poniéndose acto continuo en movimiento, uniéndose los demás peregrinos del tránsito conforme se aproximaban á Pamplona.

A las ocho y media hizo su entrada por la Puerta Nueva, siendo recibida en aquel punto por el cabildo parroquial de San Lorenzo.

Los balcones de todos los edificios lucían colgaduras, y en tanto las campanas saludaban la entrada de la comitiva.

En el atrio del templo parroquial de San Saturnino la esperaba el cabildo.

Inmediatamente el Ilmo. Prelado de la diócesis celebró el incruento sacrificio, administrando á los romeros el Sacramento de la Eucaristía.

La Salve, el Sermón y el Rosario fueron pronunciados en vasconce.

Para perpetuar este acto, los romeros han depositado en la Santa Capilla de Pamplona un magnífico estandarte.

El día 15 del pasado Mayo se inauguró en Churriana (Granada) un Centro Católico de Obreros, debido á la iniciativa de D. Miguel Martín y Linares, Presbítero. Al acto asistieron las autoridades locales y gran concurso del pueblo, retratándose en el semblante de todos la alegría y satisfacción que les causaba la fundación de una sociedad destinada á difundir las buenas doctrinas y á ilustrar, en cuanto

sea posible, la clase obrera, fundando escuelas nocturnas de adultos.

Después de leído por el Presidente D. Bernabé Nieto el discurso de apertura y por el Secretario D. Francisco de Leiva los documentos referentes á su instalación, el Sr. Martín y Linares dirigió la palabra al concurso, manifestando el objeto del Centro Católico de Obreros y los muchos bienes que puede reportar al pueblo. Acto seguido se ejecutaron algunas piezas musicales y se cantaron letrillas en honor de la Santísima Virgen y del Patrón del Círculo, el Patriarca San José. También se repartieron entre los pobres de la localidad 200 bonos, de tres reales cada uno.

Es objeto de generales elogios la serie de brillantísimas y profundas conferencias dadas en la iglesia de San Ginés de Madrid, por el distinguido orador sagrado Sr. Cirugeda y Ros.

La oratoria del arcipreste de Valencia es notoriamente atractiva. Para los aficionados á la forma, allí está su palabra correcta, propia, exacta, elegantísima; para los hombres científicos, su profundidad filosófica y teológica y su admirable manera de exponer y raciocinar, y para unos y otros, el aliciente total de sus oraciones que despiertan y avivan constantemente su atención y entusiasmo.

Mons. Di Pietro, el nuevo Nuncio de Su Santidad en Madrid, permanecerá todavía algún tiempo en Roma antes de venir á España. Mons. Di Pietro es un Prelado muy virtuoso y un político muy hábil, perteneciendo á aquella buena escuela diplomática cuyo impulso y germen hay que buscar en el carácter elevadísimo de Antonelli.

Huye de la exhibición, del ruido y de los aplausos. Grave, circunspecto, reconcentrado, tiende á aquellos tipos que califican los caracteres meditativos. Su cualidad preeminente es el buen sentido y el recto juicio de las cosas, como de quien ha sabido unir en feliz consorcio lo vasto de la instrucción con lo práctico de la experiencia.

Por algún tiempo León XIII lo tuvo *in pectore* para la Nunciatura de París; mas siendo el amigo de Frankenstein y el negociador de las cuestiones religiosas de Alemania con el Vaticano, el Papa hubo de variar de propósito, movido por esa extremada delicadeza de sentimientos que subordina todos los actos á las necesidades hasta de las más nimias conveniencias.

De Valencia ha salido en dirección á Roma Monseñor D. Silvestre Rongier, portador de las reliquias de la Beata Josefa María de Santa Inés de Beniganim, para cuyo objeto fué delegado por Su Santidad León XIII. Muchas familias y gran número de distinguidas personas acudieron á la estación para despedir á tan querido patricio, del que Valencia conservará siempre gratos recuerdos.

Encomendada á las Hijas de San Vicente de Paúl, se ha inaugurado en Cádiz, en el barrio de San Severiano, una nueva Escuela católica, fundada por aquel Excmo. Prelado.

Al acto asistió numerosa concurrencia, estando en representación del Ayuntamiento su alcalde presidente.

Encomiando el vivísimo interés de la Iglesia en fundar Escuelas Católicas, el Sr. Obispo pronunció un discurso, recomendando á los padres de familia las ventajas de la educación cristiana, cuyas semillas fructifican como ninguna en los corazones de los niños, siendo la base de inmensos beneficios para el progreso y cultura de las generaciones venideras.

Bendecido el local, se rifaron entre los niños doce vestidos, donados casi todos por el mismo Prelado.

Al acto asistieron asimismo veinte Hijas de San Vicente de Paúl, de diversas casas de beneficencia de Cádiz, contándose entre ellas á cinco Superiores.

La Conferencia de San Francisco de Regis, establecida en Barcelona, que tiene por fin especial la regularización de las uniones ilegítimas, ha sido honrada por Su Santidad con una bendición especialísima. Esta piadosa Asociación, que tan útiles y provechosos beneficios reporta á la Iglesia y á la sociedad, lleva legitimados desde 1.º de Enero hasta la fecha 110 uniones ilícitas.

El movimiento católico se deja sentir cada vez más en Cataluña, merced á la propaganda benéfica de los centros católicos y á la notable influencia que ejerce en los ánimos el ejemplo de los que practican las buenas doctrinas. El «Centro de Católicos» de La Bisbal, deseando ganar nuevos méritos y llenar el vacío que se dejaba sentir en aquella vasta é im-

portante comarca, interpretando al propio tiempo los deseos de sus muchos asociados, cuyo número es mayor cada día, ha acordado celebrar con toda pompa y solemnidad en el mes de Agosto del año próximo de 1883, por los días que celebra su concurrida fiesta mayor la villa de La Bisbal, un *Certamen literario-musical* con motivo de ser en dicho tiempo, en aquella población, el Centenario de la traslación de la Virgen de la Piedad á la iglesia que ocupa actualmente.

En el colegio del Sagrado Corazón de Jesús (calle del Caballero de Gracia, 40) se ha abierto al público la Exposición de ornamentos y vestiduras sagradas que anualmente distribuye la Congregación de Hijas de María á las iglesias y conventos pobres.

En la Exposición figuran unos quinientos objetos, pudiéndose admirar las ricas y elegantes telas que dominan en la confección de los ornamentos, hecha por las delicadas manos de las señoras piadosas y caritativas que componen la Congregación, de cuyo peculio particular se han costado estos gastos.

La Asociación de la Santísima Trinidad, dedicada á la enseñanza y á la moralización, celebra solemnes cultos en la capilla de su Asilo (Ferraz, 98), para conmemorar el tercer aniversario de su fundación. Las funciones religiosas, para las que nuestro ilustre Prelado se ha servido conceder cuarenta días de indulgencia, se verificarán el 5, 9, 12, 17, 18, 19 y 26 del corriente mes.

NECROLOGÍA

En Francia ha muerto hace pocos días en la aldea de Preveron el Párroco de aquella feligresía Charles Braconnat, conocido por el rasgo de heroísmo que realizó en la guerra franco-prusiana.

Cuando los hulanos alemanes entraron en la aldea de Preveron, algunos vecinos los hicieron fuego, y los soldados apresaron á todos los concejales, excepto al Alcalde que había huido. Era evidente que los prisioneros serían fusilados, y al reunirse el Consejo de Guerra, se presentó el padre Braconnat, diciendo:

«Señores, ninguno de esos hombres tiene culpa; si necesitáis castigar á alguien, aquí me tenéis. Todos esos son padres de familia, y van á dejar viudas é hijos: yo no tengo familia, soy libre, fusiladme, y el ejemplo será suficiente.»

Los oficiales prusianos se miraron estupefactos y conmovidos, y dieron libertad á los presos.

También han fallecido recientemente:

La Reverenda Madre Superiora del Convento de la Enseñanza de Santiago Doña Concepción Blein. En Brandariz, el Cura párroco D. Francisco Vázquez Quinteiro.

En Vinaroz, el Presbítero D. Juan Piñol.

En Zuazu (Navarra), el Párroco D. Martín Ansa.

En Sagties, el Párroco D. Benigno Labena.

En Andosilla, el Párroco D. Rufino Oyon.

En San Roque, la Ilma. Sra. Doña Francisca Bernard de Montero, Presidenta de la Asociación de San Vicente de Paúl.

En Puebla de Bolívar (Vizcaya), el anciano Párroco D. Miguel Antonio de Martitegui.

MUEBLES MADERA CURVADA

THONET

UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.

Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

